

## VISTO Y OIDO ★ Gallos que Sirven de Barómetro ★ por PREMIANI



El RELIGIOSO LLAMO' al **JUICIO UNIVERSAL** de MIGUEL ANGEL "Pintura de la berria". El ARTISTA, ENFURECIDO, lo RETRATO en el JUEZ INFERNAL MINOS. ES EL UNICO RETRATO HECHO por el MAESTRO. -

### El NOVELISTA **DICKENS**

CREYO REALIZAR el SUMMUM de la ELEGANCIA al PRESENTARSE un DIA en el ESTUDIO del PINTOR FRITH PARA QUE lo RETRATARA en SOBRETUDO AZUL CELESTE con PUÑOS ROSA. CORBATA VERDE ORO. CHALECO VIOLETA con BORDADOS de ORO y PANTALON AMARILLO. -



En la LLANURA HUNGARA se LLAMAN "CZARDAS" a CIERTAS POSADAS. La MÚSICA y el BAILE que AHI TUVIERON ORIGEN se DIFUNDIERON con el NOMBRE de "CZARDAS".



La ACTRIZ CINEMATOGRAFICA **LILIAN HARVEY** TIENE UNA de las MEJORES COLECCIONES de SELLOS cuyo VALOR ESTA CALCULADO en \$35.000.



Es CREENCIA UNIVERSAL que CUANDO el **GALLO** CASITA FUERA de SU HORD (LA MADRUGADA) ANUNCIA LLUVIA. -



"INSECTO" QUIERE DECIR "CORTADO EN SI" PORQUE TODOS OFRECEN una SEPARACION MUY MARCADA entre la CABEZA, el TORAX y el ABDOMEN.

# El Asesino de los Andes

**E**N el corazón de la Cordillera de los Andes, donde se confunde el territorio argentino con Chile, un poco hacia el sur del Cristo, entre peñascos que se elevaban imponentes hacia el infinito azul; y al borde mismo de las profundidades insomnables de los precipicios, se alzaba, más que se veía, la existencia de un blanco rancho, que soportaba imperturbable las furias huracanes del viento y del eterno nevar. Era aquel rancho, a las pupilas del hombre, como uno de los tantos nidos de condor, que para vivir la grandeza de su vida libre, elige el picacho más alto de los Andes.

Allí vivía Celedonio Sandoval, "el Inca", como solían llamarlo los serranos. Había crecido como un ermitaño. Ajeno a las bajas pasiones humanas que en la lucha diaria por la subsistencia crean todos los artificios y el ejercicio en la mudanza como arma defensiva a su propia existencia. Era un salvaje, al decir de los civilizadores... pero su corazón palpitaba al unísono de la propia naturaleza, a la cual vivía pegado, como los habitantes de edades milenarias.

Nadie le conocía familia. Era el baqueano que más profundamente conocía los Andes en toda su extensión de Norte a Sur, pero nunca explotó sus especiales ventajas. Muy rara vez bajaba a los pueblos cercanos, por lo general lo hacía una vez por año, cuando se le agotaban las provisiones.

## Andes

abrió la claridad del día bajo un cielo cargado de nubarrones rojos. Los resagados veraneantes que poblaban un hotel, encerrado en las macizas rocas cordilleranas, ataviados con vistosos trajes de invierno y munidos de elegantes piquetas, montados sobre el lomo de muías serranas, plétoricos de emoción, cruzaban valles, serranías, vertientes de aguas cristalinas enfilando empinadas cuestas, marchaban siempre ascendentes.

Quedaban absortos los expedicionarios ante el maravilloso espectáculo que contemplaban al al pasar, y como un alivio al espíritu cargado de emociones, comunicábase a gritos la intensa alegría que bullía por dentro, al ir escalando los Andes. No pensaban para nada en los riesgos que debían soportar en la inconsciente expedición que realizaban. Sólo los acicateaba el instante de poder llegar hasta la cima del Aconcagua, que se elevaba majestuosamente por sobre todas las montañas de la Cordillera negra. Sus picos eternamente nevados, se mostraban mansamente a los alucinados ojos del hombre, como un incentivo a la curiosidad humana.

Anochece, cuando los esforzados expedicionarios hicieron un alto en un valle, cercano a la "Laguna del Inca", ubicado a 3.800 metros de altura. Sus aguas tranquilas y azules se presentaron a la admiración del hombre, en una gigantesca fuente que parecía ser la encarna-

—¿Del Inca? — preguntaron extrañados.

—Sí — respondió a secas el baqueano, — y se envolvió entre sus cueros de lanas, volviendo a conciliar su tranquilo sueño.

Los expedicionarios excitados por las emociones del día y los misterios de la montaña, demoraron en dormirse.

Durante el resto del tiempo, nada vino a conturbar el sueño de los improvisados alpinistas, y cuando la aurora rompió el velo de la noche, de nuevo la caravana emprendió la marcha.

El cielo apareció otra vez ensangrentado por los nubarrones rojos.

A partir de ese lugar, la marcha se hacía cada vez más difícil y accidentada. Enfilaban cautelosamente por una quebrada, cuando a poco se oyó un tropel impreciso que se acercaba con furia.

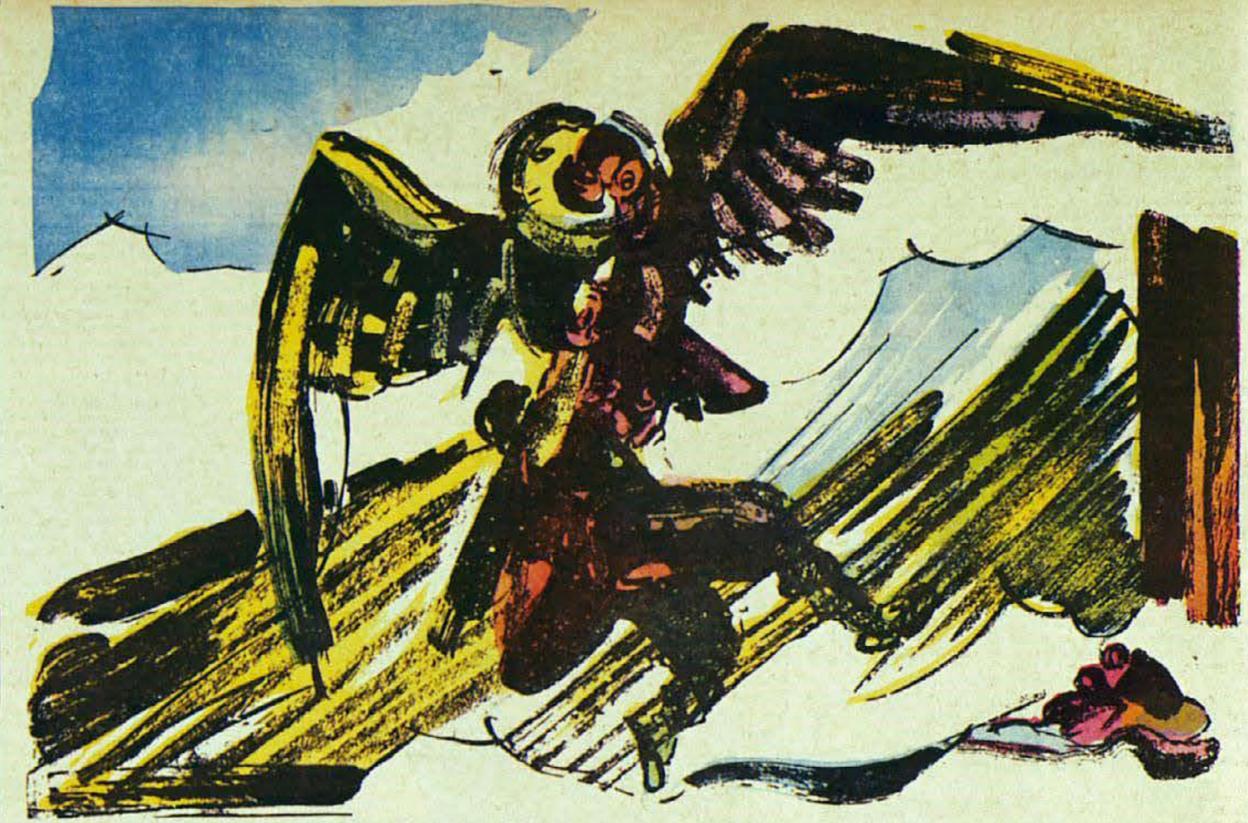
—¡Cuidado! — gritó el baqueano, mientras se adelantaba agitando el látigo y gritando: Ja-a, gua, ja-a, gua, hui-j-i-i...

Impulsado por un miedo inconsciente y por instinto de conservación, todos los expedicionarios imitaron sin esfuerzo al baqueano, y las voces se multiplicaron en la montaña, a la vez que se acercaba el misterioso tropel.

Espantados por los gritos, una manada de llamas que huían despavoridas, cambiaron violentamente de rumbo, perdiéndose por un estrecho desfiladero, que seguramente los conducía hacia el llano.

—¡Suerte que gritaron ustedes también, si no nos matan! — aseguró el serrano.

—¿Por qué disparan? ¡Quién sabe! — se limitó a decirles, mientras continuaba andando.



al conocer la noticia. Los elegantes expedicionarios festejaron el regocijo contagioso de la niña Margarita, y pensaron que iba a ser la primera aventura que les ofreciera la Cordillera.

—Debemos apurarnos — arguyó el baqueano —, así alcanzaremos a tiempo, el resguardo que está cerca del "Cerro del Juncalillo", donde podremos guarecernos.

Inmediatamente emprendieron de nuevo la marcha.

Los nubarrones rojos densificaban cada vez más la atmósfera y rodaban por sobre las escarpadas montañas, como bolas de fuego.

El baqueano apuraba el paso de su mula y los guiaba por una bien acantilada mole que se levantaba perpendicularmente desde el fondo de la empinada. Una verdadera granizada de pedruscos, arrancados por las patas de las bestias, rodaban pendiente abajo.

Los viajeros seguían su ascenso, silenciosos y preocupados. A todos los obsesionaba la tormenta roja. Las nubes se agitaban furiosas y amenazaban sobre las cabezas, como si estuvieran preñadas de odio hacia la pequeña caravana que seguía avanzando.

Cuando llegaron al pie del imponente peñasco, por indicación del baqueano penetraron de a uno en fondo por un angosto desfiladero que se iba estrechando a cada paso. Al desembocar en un reducido valle, el guía se apeó y esperó a Juan Balmaceda, jefe de la expedición. Los dos hombres conversaron un instante. Seguidamente Balmaceda se acercó a los compañeros de aventura y les comunicó el diálogo.

Momento después, con los ojos vendados y las riendas sueltas, reanudaron la marcha, bordeando uno de los tantos insomnables precipicios cordilleranos. Las bestias avanzaban prudentemente, con las narices en tierra, como si fueran olfateando el riesgoso camino. Las caprichosas sinuosidades del sendero, hacían que por momentos no alcanzaran a verse, no obstante la corta distancia que los separaba de unos a otros.

De las profundidades del precipicio se levantaba un vaho blanquecino, saturado de fragantes perfumes de ignoradas flores silvestres y también se oían las fuertes emanaciones minerales de que está compuesto el macizo de los Andes.

El trayecto duró media hora, que fué para todos una eternidad.

No habían salido aún del desfiladero, cuando atronó el espacio un terrible trueno que hizo parar en seco a los animales. Se les erizaron los pelos a las asustadizas bestias y dejaron precipitar a los jinetes un intenso temblor de patas. Poco después desembocaron en una quebrada que dejaba al descubierto un pequeño espacio, cubierto de vegetación herbácea. En un ademán nervioso se arrancaron la venda de los ojos. Aparecieron los rostros pálidos que denunciaban los minutos de terror.

—¿Falta mucho todavía? — preguntó Balmaceda, quien indudablemente era el más valiente. Además, él tenía la responsabilidad de la iniciativa y deseaba conducirlos a todos de regreso al hotel, sin que les sucedieran desgracias.

—Queda ahísito nomás.

Los peñascos amontonados unos sobre otros, a impulso del fuerte viento que soplabo y que por momentos aumentaba en intensidad, parecían balancearse sobre sus débiles pedestales. Siguiendo en silencio, orillando anchas hondanadas, hasta que penetraron por un estrecho desfiladero y cabecándose a las salientes filosas de las rocas, salieron a un valle cubierto de nie-

ve. El baqueano extendió su mano y señaló un punto negro, que apenas se dibujaba en el fondo del lugar.

—El Resguardo.

Los expedicionarios nunca hubieran podido descubrirlo entre las rocas, ni a la más corta distancia. En dirección al rancho, pendiente abajo continuó marchando la caravana. El viento y la nieve le impedía apurar el paso. Las mulas resoplaban fuerte y nerviosamente, como si su instinto animal les denunciara la proximidad de un tremendo peligro.

Llegaban a la quebrada "Garganta del Diablo", cuando de nuevo y más intenso, como si hubieran caído mil rayos juntos, se dejó oír otro trueno. Esta vez se estremeció el granítico suelo en una prolongada vibración y las paredes rocosas se abrieron en grandes grietas, y por ellas brotaron chorros de aguas de ocultas vertientes.

—¡Mamita! — exclamó la niña, al tiempo que juntaba sus manos, en una rogativa desesperada al supremo Dios.

Un silencio de muerte se produjo en el instante y todos se buscaron con los ojos engrandecidos por el pavor.

Las nubes rojas seguían jugando su diabólica danza sobre las cabezas de los indefensos mortales.

Un grito de terror se le escapó a Margarita y se apretó la cara con sus dedos crispados por el espanto.

El trueno se repitió y entonces un tercer sacudón dió por tierra con personas y animales. Las rocas, por efectos del temblor, se desprendieron de sus frágiles soportes y rodaron pendiente abajo en una avalancha mortal.

**Hombres vendados y trémulos, montañas irisadas por la nieve y desbaratadas por el terremoto, peñascos de indios y de cóndores en el aire, hombres que dan su vida, son los motivos trágicos de este cuento.**

Durante buen rato se extendió en todas direcciones de la montaña un recio crepitar de fuegos artificiales.

De la terrible catástrofe quedaron con vida dos expedicionarios. El suelo rocoso donde fueron sorprendidos por el temblor, se abrió en dos partes, dejando en medio una honda cavidad de profundidad insomnable. Balmaceda, maltrecho, ávidamente estaba entregado al trabajo de apartar rocas para liberar a Margarita de su granítica prisión, cuando fué sacudido por un grito angustioso.

Era Otto Muller; con su cabello encendido por su rojo fuerte, con sus ojos fuera de las órbitas, agitando sus brazos como si fueran aspas de molino, de entre los escombros salió desparvado corriendo por entre los peñascos, arrancándose las ropas hechas girones; y gritando un nombre extraño. Cayendo y levantándose seguía su carrera loca, hasta que sus pies encontraron el vacío y se precipitó al abismo.

El panorama había cambiado violentamente de forma. Perdidos entre las inmensas moles de piedra, rodeados de abismos, encerrados por enormes masas graníticas, sin noción de orientación, habían quedado Balmaceda, y Margarita que no podía caminar.

La nieve y el viento, caprichosamente cambiaban a cada

instante de dirección, y sus copos blancos fueron lentamente cubriendo la montaña que servía de tumba a los malogrados expedicionarios.

Balmaceda quería a toda costa salir de la terrible encrucijada, quería hacerlo salvando la vida de la niña que le habían confiado antes de partir en la desgraciada aventura. Quería salvarla a costa de su propia vida y a cuestas con ella, emprendió la marcha por entre las rocas humeantes.

Avanzaba como enloquecido con el peso de su carga. Sus manos crispadas se aferraban febrilmente a las piedras para no rodar en las resbaladizas pendientes de hielo; de su boca desprendiéndose un hilo de sangre, que brotaba de sus labios rotos. Sus ojos fijos, como los de una esfinge, duros, como modelados en piedra, cegados por el blanco de la nieve, sin fuerzas; sin dirección ni punto de destino, seguía pesadamente andando por las abruptas montañas. Se había hecho el propósito de caminar, caminar, hasta morir si fuera necesario. Pero la enorme voluntad de aquel hombre fué doblegada por el intenso frío, que se filtraba cortante por entre sus harapos, y se rindió por un instante.

—Castigame, castigame, me dijo a Margarita, que había reaccionado, y que desesperada lloraba al ver la proximidad de su muerte segura.

—Castigame, repitió imperioso Balmaceda.

Margarita, maquinalmente, golpeaba furiosamente, como si en ella se hubieran refundido las fuerzas de una honda venganza. Golpeaba sin piedad, cada vez más enérgica.

Un gesto de fiereza se dibujaba en su desencajado rostro y su brazo muerto de cansancio fué reemplazado por el otro, y continuaba castigando al hombre que podía salvarla. Golpeaba, golpeaba con ansias de matarlo... hasta que su macabra misión terminó en una carcajada lugubre, que se desparamó por todos los ámbitos de los Andes y cayó desmayada.

Poco después, sobre el peñasco más elevado del lugar, se dibujaba una silueta que atenta observaba el amplio vuelo de un condor, que revoloteaba en un determinado lugar. Sus amplias alas extendidas y sin movimiento planeaban un cauteloso descenso, y perdiendo altura realizaba círculos exploratorios, ocultándose por momentos entre los picachos anfitrinos.

El "Inca", comprendiendo la tragedia, desahució rápidamente por entre los hielos hacia el lugar donde el condor había encontrado su presa. Los círculos realizados por el ave se cerraban cada vez más pronto y lo vio realizar un rápido descenso, y pararse a observar su carnada.

Al descubrir la presencia del "Inca", el salvaje animal lanzó un ronco graznido de desafío y se aprestó a atacar. Abrió su enorme pico corvo, y sus largas alas se agitaban pesadamente, y sus garras filosas se abrieron listas para aflorecer.

Seguidamente desplegó su vuelo hacia el lugar por donde trepaba ágilmente su rival y marró el zarzapalo. Sandoval, reconoció en el condor al enorme pájaro de rapaña que hacía estragos en las majadas de cabras y que en más de una ocasión se había llevado con muchachos serranos, llevándolos entre sus garras hasta su oculta guarida.

Lo reconocía como al "Asesino de los Andes", el que por su espíritu sanguinario lo atacaba ahora furiosamente. Comprendió la intensidad de la batalla que debía librar con el enorme pájaro, pero estaba dispuesto a vender cara su muerte. Otra arremetida sin éxito le hizo el condor, y mientras se alejaba en vuelo rápido para volver a la carga, el Inca se deslizó hasta una meseta cercana, donde sus ojos de lince habían descubierto los cuerpos inanimados de los dos expedicionarios. El condor rasgó de nuevo el silencio con un graznido trágico y arremetió decidido. Esta vez Sandoval no pudo evitar ser alcanzado, y a poco sintióse levantado por el aire. Entonces en un supremo esfuerzo, para que el pájaro asesino no alcanzara altura y lo lanzara contra las rocas, con una de sus manos se aferró a su pecho y con la otra le abrió el pecho de una profunda puñalada. Las garras se apretaron más en las bronceadas carnes que un picotazo salvaje le abría la espalda, pero no soltó la pata del alado animal.

La lucha era mortal entre los dos y se realizaba en el aire.

Otra puñalada alcanzó a darle y esta vez el condor lanzó un sordo graznido de muerte y sus fuerzas fué descendiendo con su humana carga hacia un valle cercano. Tocaron tierra y en pisotazo firme el Inca terminó su obra mortal. Otros baqueanos que habían presenciado la trágica lucha del Inca con el condor, corrieron a auxiliarlo.

Poco después Celedonio Sandoval les indicaba el lugar donde estaban adormecidos por el frío Margarita y Balmaceda, que de esta manera casual salvaron sus vidas, después de haber experimentado los efectos de un terremoto en el corazón de la Cordillera de los Andes.



Era silencioso y huracán al trato humano.

Otros baqueanos muchas veces solían sorprenderlo parado sobre los más altos picachos de la Cordillera, escuchando el cielo o mirando cara a cara al sol, en un épico desafío de no peñascos nunca, hasta que el fulgurante astro, como vencido por el poder visual del indio, iba a esconderse ruborizado detrás de los altos picos del Aconcagua; mientras él, sin moverse del lugar, iba dejándose envolver lentamente en las oscuras sombras de la noche. Luego lanzaba un grito de triunfo, grito que se repetía en una sucesión de voces sonoras producidas por el eco, que hacía estremecer de miedo al nombre más templado.

Nada podía contra él. El viento, la nieve y el frío, eran su ambiente natural. El peligro: su único ejercicio, y para ello sólo le bastaban su heróica contextura física y un pequeño puñal con el que muchas veces había salvado su vida, elevándolo en las entrañas de una fiera o en la masa nivea de los hielos, escapándose así de caer entre los brazos descarnados de la fatídica parca, que a cada instante le tendía su amorosa celada.

Es que, se podría decir, él era en sí una partícula palpitante de los Andes.

ción de una fantástica leyenda increíble.

Al fondo, completaba el magnífico marco una ondulante sucesión de cimas de idénticas formas. Al Este, la vegetación se debatía en una lucha titánica con las rocas, para mantener el terreno ganado en una centuria de años.

Los expedicionarios fueron conducidos a una cripta, conocida solamente por el guía; y las fatigas del día los derumbó muy pronto en el sueño, hasta que un grito extraño y repetido muchas veces por el eco, resonó en la soledad de la noche y corrió por la montaña como un augurio trágico.

Sobresaltados, los viajeros se tocaron en silencio en medio de las tinieblas y se estremecieron por dentro. Ignoraban el peligro que pudiera amenazarlos.

—¿Qué será? — se preguntaron en secreto.

El baqueano que oyó, respondió por ellos:

—No hay por qué asustarse. Es el grito del "Inca".

A mediodía bordearon la "Laguna del Inca", y, cambiando rumbo, siguieron por sendas estrechas hacia el Sur.

A poco, tuvieron que descender por la explanada áspera de la sierra "Los Azules", cuyo colorido, al ser tocado por los rayos solares que se escapaban a través de los nubarrones rojos, reverberaban en una conjugación de reflejos que dejaba atónitos de admiración a los hombres de la expedición.

Marchaban sin descanso, unas veces saltando profundas hondanadas y otras se les veía trepar de a bajos a un ente por abruptas mesetas.

Alguien observó que el baqueano, contrastando con su natural apatía, se mostraba intranquilo y a cada instante oteaba el espacio.

—¿Qué pasa "Chuño"? — inquirió el que ejercía de jefe.

—Tendremos tormenta.

—¿Tormenta? — repitieron todos.

Una niña que integraba la expedición palmoteó de alegría

**POR E. L. GONZALEZ ARENA**

ILUSTRACION DE PARGAGNOLI

# COMO CASCARA DE QUIRQUINCHO

**L**a mañana fresca y linda. Un tenue nublado de medio cielo arriba. Encima de uno, asentado en el filo una nube algodonosa como sombrero ovejún en la cabeza de un paisano.

En mitad de la falda en cuellitas estaba el rancho. Entre un desordenado balar iban bajando la falda las cabras y las ovejas mordisqueando las matas seguidas por "Jazmin", el perro castrero.

Al llegar al río, desparramadas, se pusieron a beber. Venía la Nicasa con el balde lleno de agua de acaba de ordeñar: "Tendría cuarenta años? Tendría sesenta?"

En el cerro quisás por la vida que hacen, de los treinta arriba son todas iguales. Unas arrugas más. Unas arrugas menos. Eso, es todo.

A la siga venía el nieto, Tolentín, haciendo zumbir de vez en cuando una piedra con su honda.

En la cocina estaba la Rosa y Dimas. Rosa cuidaba la ropa. Ahora estaba preparando la comida que debía llevar al campo, pues no regresaría hasta la noche. Al lado del fuego una puata de ollitas de barro como pollos rodeando una tuceta.

Punteaba Rosa los treinta. Tenía la cara arrugada como cuero terreo. ¿Cuántas veces se había quedado de noche entre las ovejas, cuando el león andaba cerca, haciendo daño? ¿Y los pies? Si sabrían de pinchazos de las breas (1) y de machucaduras de piedras.

Dimas era "su hombre". Para unas Pascuas, hacía una punta de años, había regresado del pueblo trayendo a Rosa encañada. ¿Qué linda que estaba!

Desde entonces casi siempre estaba metido en el rancho. Con Rosa había tenido un chango, Tolentín. En las señaladas se comedia a ayudarla y hacía la obligación por ellas en la corrida (2). En recompensa siempre había para él un pedazo de asado y podía mearar interminablemente.

La tropa se alejaba dispersa en abanico por el campo seguida por Rosa. Por la huellita, al trote iba Dimas en su mula a camppear una vaca por encargo del patrón.

—Si te viene bien avísale a la Condori que las llamas me vienen a hacer daño, le había encargado Nicasa.

Iba al encuentro de un grupo de vacas que bajaban al río, cuando se topó con la María, la hija de Condori, que cuidaba las ovejas, que desparramadas comían más abajo. Un poco más lejos pasaban desfilando las llamas. El último, un macho blanco, grande. ¿Qué animal!

—¿Cómo te va?  
—Asínta, ¿y usted?  
Regular. ¿No habrá agua cerca?  
—En ese pocito. Y fresquita que está.  
Sentada en una piedra hilaba. De vez en cuando miraba a Dimas. Miraba otras, las ovejas. La mula de lado se iba alejando

arrastrando las riendas. Buscaba Dimas un puecho. ¿Dónde andaría? El también se había sentado. El sombrero en el suelo. ¿Y el pelo? ¿Habrá conocido peine?

—¿Qué buscas?  
—Un cigarrillo. Casi enterito estaba... En la oreja.  
—¿Va...  
—Miraba a María mientras fumaba. Estaba chuta la moza, con sus ojos y ocho años floridos. ¿Dónde estaría la moza flacucha y arisca de un año antes? ¿De entonces que no la veía!

Como capullo que se abre de noche, pensaba Dimas.

Juntos uno contra otro estaban los dos. ¿Y las ovejas? ¿Y la mula que enredada en las riendas, andaba a los manotones? ¿De los yuyos pisoteados se elevó un olor fuerte y capitoso.

Ese día era el último de carnaval. Algunos se volvían para su querencia. ¿Se les habría terminado la plata? Los más se quedaban. Unos pocos llegaban recién.

En el boliche de "la esquina" el turco Abraham vichaba a los que llegaban, desde la puerta de su negocio. ¿Cómo los miraba! Si parecía que les quería bandear los bolsillos para ver la plata que traían.

Juntos habían bajado la Rosa y Dimas del cerro. También venía Tolentín con unos cargueros de arreo. Los tres días anduvieron de parranda de carpa (3) en carpa.

—¿Cómo se habían divertido!  
—Ahora habían caído al boliche del turco.  
—¿Qué comprarían?  
—Estaba tratando Rosa unas cargas de harina por ovejas a recibir en la corrida, cuando cayó María Condori.

Desde hacía año y medio, casi en seguida del encuentro con Dimas, había bajado al pueblo, a "servir" en casa del patrón. ¿Qué linda estaba!

Se habían topado varias veces, en las carpas, pero no habían podido conversar.

—¿Se van?  
—Hoy nos vamos.  
—¿Quieres hacerme un favor?  
—Bueno.  
—Dícele a mamá que mande a buscarme.  
—Te despidió el patrón?  
—Pedí permiso.  
—¿Dispéns volvéis?  
—Quién sabe.  
—Hoy vas a la carpa?  
—Por qué?  
—Te vengo a buscar.  
—Esperame frente al boliche e'Nicanor.  
—Bueno.  
Se fue la María dejando una estela de perfume del barato.

—¿Nos vamos?  
—¿Compraste todo?

—Todo.  
—¿Y los cargueros?  
—Los mandé con Tolentín.  
—Andate. Yo los alcanzaré.  
—Vamos juntos.  
—¿Y si se botan la carga?  
—Yo sé...  
—Yo iré a lo de mi compadre Jorge en la banda...  
—¿Dónde nos encontramos?  
—En lo de Eustaquio te alcanzaré.  
—Bueno.  
Pasuqueando se alejó Rosa en su yegua tuerta.

¿Y Dimas? Dando vuelta anduvo por el pueblo hasta que alocó. Cansado cayó al boliche a pensar frente a un vaso de vino. ¿Sería cierto que había sido suya alguna vez la María? ¿Qué compañera para lucirla en un flete peruano con chapeado en el carnaval!

Empezaron bailando una chilena? ¿Y después? ¿Cuánto estuvieron cantando, agarrados del brazo, formando la rueda? ¿En cuántas zambas lució María el pañuelo de seda azul con florititas que le regalara Dimas? ¿Cuántos vasos de aloja habían bebido, convidándose?

Muchos habían de ser. Era la flor de la reunión. A todos se les hacía agua la boca viéndola cimbrear cuando bailaba. ¿Cómo la miraban!

Sobre todo un bandeño. ¿Y Antenor, el milico? Estaría diciendo para su colete. ¿Y para esto anduve tras ella todo el carnaval? Bien dicen que uno siembra la lechuga y otros comen la ensalada. Y total ¿por quién me veo desbanco? Por un coya que aparece como peludo de regalo.

—Si quería te llevo en ancas.  
—¿Y la Rosa?  
—Va...  
—Es mucho camino.  
—Vamos despacio.  
—¿Y mi guagua?  
—La mandas buscar... ¿que guagua...  
—¿De quién va a ser desamorado. Tuya. Ni un trapit, me mandaste.

—No me dijistes nada. ¿Se me parece?  
—Igualito. Le puse tu nombre.  
—Lo vamos a buscar.  
—¿Cuándo nos vamos?  
—Ahura. Llegamos hasta "Los Molles". Mañana seguimos. Y el milico pensaba mirándolos. ¿Y si le hiciera una parada? Tomando aloja no se ha de machar.

Se acercó a Dimas.  
—Mirá muchacho, es bueno que te vayas. Te va hacer mal quedarte tanto en la carpa.

—Andá buscar tu caballo.  
—Vamos juntos.  
—Antenor te va embromar.  
—¿Sí?  
—Andá buscar tu caballo.  
—¿Y después?

—¿Y después?  
—¿Y después?  
—¿Y después?

—¿Y después?  
—¿Y después?

—¿Y después?

—¿Y después?

—¿Y después?

**A. FERNANDEZ ACEVEDO**

ILUSTRACION DE RECHAIN



—Cuando pasas, salgo y nos vamos.  
—Yo pasaré cantando.  
—Bueno.  
Antenor sacaba un borracho al fresco

Estaba contento el milico. María había aceptado un convite "por no despreciar". Se le hacía el campo orégano al hombre. Venía un cantando. De lejos lo había sentido María. A voz en cuello pasó cantando frente a la carpa. ¿Qué bárbaro! Como pa que no se diera cuenta.

—Con permiso.  
—Balleemos una chacarera.  
—Ya vuelvo.  
Salió María. Una vez afuera caminó calle arriba. Arrimado a una pila de adobes tenía Dimas su caballo para que subiera.

Silenciosamente, sin hablar se fueron alejando del pueblo. Pasaron por lo de Eustaquio. Llegaron al río.

—Va crecido.  
—Agarrate bien.  
—¿Estará bien la cincha?  
—La compuse mientras buscabas tu chico.  
—Y si nos lleva el río?  
—No al ser.

Fueron pasando despacio. ¿Qué ruido metía!  
—Ya pasamos.  
—Iba mucho.  
—Habrá llovido arriba.

Cantando una copla tomaron el camino que serpenteaba bajo los algarrobos. En la banda de enfrente, de un arriendo, un perro empezó a torear.

Estaba cayendo el sol cuando Rosa trastornó el abra, arreando unos cuantos burros cargados con harina y maíz.

Hacia rato que habían pasado los carnavales. Las puntas de los cerros, aparecen blancos de nieve, contra el azul puro del cielo. Corría viento de arriba. Helada iba a estar la noche.

Daban vuelta los pensamientos de Rosa como mulas de noria. ¿Qué iría pensando? Siempre lo mismo. En Dimas, que el domingo pasado se había casado con la María.

¿Qué buen mozo se había puesto! Y recordaba el puesto de la quebrada, en el que antes pensara ella tantas veces, al desear tener para ella y Dimas puesto y majada aparte.

—En el puesto de la quebrada, Dimas va a cuidar una tropa mía, le acaba de decir al patrón, así que ustedes lo tienen que desocupar.

—Hay poco pasto, señor, había querido alegar.  
—Pasto y agua hay el año redondo, había retrucado Dimas.  
—Se lo entregan a Dimas. Ustedes tienen demasiado con lo demás. El hombre y el puesto le había quitado la "yuta" (4).

Y recordó todos los expedientes que había ensayado para reconquistarlo, aconsejada por la "médica" de Brealito.

Todo en vano. Desde que le había dejado botada de regreso de los carnavales, como trasto inútil, se había ido encariñándose más con la otra. Ahora, cada vez que la veía plegaban sus labios leve sonrisa de burla.

Por la huella que serpenteaba entre jarillas y biscoles marchaban los burros en fila, uno tras otro. Rosa empezaba a adivinar más que a divisar su rancho sobre la falda lejana.

Un poco adelante pasaba cruzando en dirección al cerro una tropa de ovejas. Al rato tuvo que componer una de las cargas.

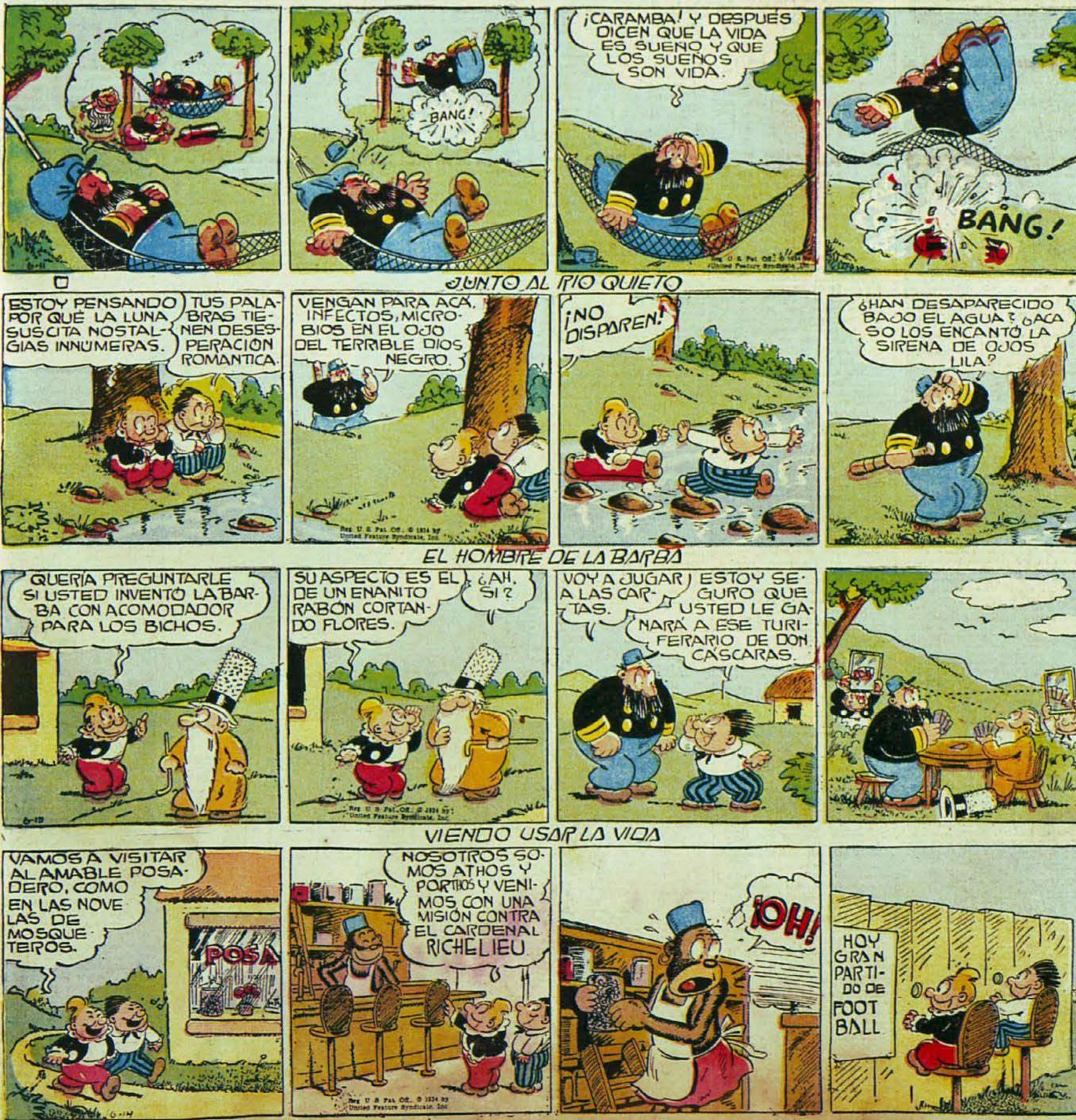
Había terminado de arreglarla cuando divisó una mujer que venía caminando al cruce.

Sintió un golpe en el pecho al reconocerla: la María. Venía trayendo un atado de ramas para el fuego, y en la espalda, en el reboso, la guagua.

Se quedó viéndola venir. Mirándola fijo. El corazón le golpeaba como el molino de la finca cuando la acequia iba toda.

—Pasa la otra con sonrisa burlona.  
—Yuta ladrona.  
—¿Qué te robado?  
—¿Cuántas veces te acostastes con el patrón pa que te diera el puesto?  
—¿Qué te robado?  
—Desde que volvistes, todos los mozos van a tu rancho.  
—¿Y de ahí? ¿Y al tuyo no van? Claro, si sos una vieja cascarrieta.  
—Perra.  
—Si tenés la cara como cáscara de quirquincho.  
Zumbó una piedra. Al querer inclinarse para defenderse recibió una en la frente.  
Vaciló y cayó de espaldas. Medio sentada quedó sobre un biscol. Rompió a llorar la guagua.  
—Yuta ladrona.  
La miró con ira. Alcanzó los cargueros y siguió huella adelante arreándolos sin volver la cabeza.

## Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



(1) Mala espigosa.  
(2) Cuando se junta el ganado.  
(3) Negocio provisorio que funciona el carnaval.  
(4) Mujer con cabellos cortos.

# REGALOS CUMPLEAÑOS



DESDE temprano empiezan a llegar canastos de flores, pesadas y tentadoras cajas de las bomboneras, estuches de bridge, lujosos libros con tapas de gamuza verde almendra y una variedad de elegantes objetos de adorno destinados a satisfacer la vanidad de sus compradores y a aumentar el trabajo de los sirvientes. Los obsequios se acumulan en el hall, entorpeciendo la actividad de las mucamas que vienen a admirar los ramos y a espiar la entrada de nuevos mensajeros. La presencia de los hombres jóvenes y desenvueltos y el exótico aroma de invencible que se difunde en el ambiente embriaga a las muchachas con una sensación de fiesta. Se oyen risas ahogadas, cuchicheos, las miradas se deslizan por las apuestas figuras de los repartidores. Todas permanecen a la expectativa de algo imprevisto, extraordinario y delicioso.

Hoy es el día de cumpleaños de la dueña de casa, la señora Ernestina de Viale Diana. Su esposo acaba de regresar de la estancia; llegó inesperadamente con la intención de darle una grata sorpresa.

Al enterarse de que su señora no se ha levantado aún, prohibió que la molestasen y volviendo a salir en el auto, se hizo conducir a la calle Florida. Vino de la estancia en compañía de un hombre joven, de serio y atractivo aspecto, a quien demuestra una gran simpatía. El joven dejó sus valijas en el vestíbulo junto con las del señor Viale Diana y se marchó con éste al centro. El mucamo queda encargado de preparar una habitación para una persona extraña a la familia. Buena ocurrencia de traerle del campo a un mozo joven y bien parecido para alojarse en su propia casa, como si no hubiera hoteles en Buenos Aires. ¿Quién puede ser? Los días pasados hablaban de un ingeniero que quedó bastante y que el patrón estaba dispuesto a proteger. ¿Le habrá encontrado un puesto en el campo? ¿Empleado en la estancia? ¿A lo mejor... hace ya rato que andaba descontento con el modo de proceder de su viejo mayordomo... si es así, y el joven se ha ganado con justicia el aprecio del patrón, las cosas se explican... Pero ¿cuánto tiempo se propone tenerlo aquí en el centro en la vida privada de los dueños?

—Suba estas valijas al primer cuarto para sus visitas — dice el patrón, y siguiendo a éste mira con disciplina el equipaje del intruso.

Las maletas son nuevas, hechas con esmero y el equipaje de confección prolija y vistosa. Seguramente han sido adquiridas en un negocio de lujo. El mucamo pesadamente pisó la alfombra. Le empezaban a doler los callos. ¿Estará por cambiar el tiempo? Se detiene y mueve los dedos de los pies para que circule mejor la sangre. ¿No hay nada que hacer?... otra vez los siente hinchados y sensibles al roce del calzado. Si no hubiera tanto barullo en la casa podría ponerse sus zapatillas de fieltro... caminaría con comodidad sin sufrir la menor molestia...

—Una cordera se alza en su pecho, acercándose el martilleo del corazón. Cerrando el puño, descargó un golpe en el costado de una de las valijas. Sin ayudarse ni mirar asombrado. Es un muchachón fornido y pacífico traído recientemente del campo. Cumple con obediencia ejemplar las órdenes de sus superiores, y sincéramente inocente de toda falta, no atina a explicar la causa del enojo del anciano mucamo. ¿Una persona tan formal, tan respetable como lo es don Eusebio! Nota que el semblante del mucamo refleja preocupación, cansancio, hábil sufrimiento reprimido. Con espontáneo impulso de distraerle el ánimo, observa bonachón, sonriendo a su propia ocurrencia.

—Cuidado, don Eusebio!... pueden haber bombas adentro...

la fecundidad de las mujeres del pueblo. A aquellas señoras de sus relaciones que eran madres prolíficas y preferían la felicidad de sus hogares a los entretenimientos mundanos, trataba con mal disimulada intolerancia y se complacía en ponerlas en ridículo.

Ahora, mientras está sentada en la cama y mira fijamente el reflejo del sol sobre la pared, no puede apartar sus pensamientos de la imagen de un hombre que se le presentó a su imaginación. Jamás ha conocido ninguno que pudiera inspirarle semejante idea. ¿Por qué entonces la ocupa una visión de un hombre que se le presentó a su vida y que la observan en silencio, piadosos y comprensivos? ¿Qué irreparable, qué absurda acción cometemos para llenar con algo el espacio ocioso de la ilusión? Se dice de pronto Ernestina, repasando en la memoria su vida en los últimos años turbios de vana agitación y de extravío obstinado. Nadie le ha impuesto esta existencia falsificada que desfigura cada vez más la primitiva verdad de su ser. Como tampoco nadie tiene el poder de alterar la fuerza de la voluntad ajena. No, es ella, solamente ella, la responsable de cuanto hipocresía ha introducido en sus actos.

¿Cómo pretender que un hombre de carácter independiente y de noble sinceridad tome en consideración a una mujer que no posee un sentimiento auténtico? Ella ha adulterado todos sus impulsos, hasta el móvil de su vanidad es impersonal. Porque debe contentarse con el placer del lujo y de las adulaciones ha cesado de estimular su vanidad. ¿Qué no tenga ya vanidad el ambiente de ninguna índole? Lo que la mueve en su actuación exterior es la rutina de la costumbre; una red de posturas que, una vez adoptadas, hegraron dominarla, y que la arrastran en la corriente de gestos convencionales y de conceptos adoptados, comunes a su medio ambiente. ¿Y qué hay de suyo de propio, de positivo en su interior? Hasta, sorordes rencores, relámpagos de sensualidad, breves momentos de insuperable pasión! ¿Quién de las guardas todas estas oscilaciones de su ánimo por un constante deseo de no pensar, de aturdirse...? Si es evidente que siendo lo que es, el ser, el momento en que lo personal, no ofrece ningún atractivo que despertara el interés de un hombre superior; a la decorativa mediocridad de los espíritus que lo rodean. Así, en la perversidad, cuando ésta reveste un carácter auténtico y fuerte, puede resistir una extraña seducción para una persona temperamentalmente opuesta a la naturaleza. La sugestión de los contrastes... Dos voluntades firmes que hostilizan en su antagonismo, que chocan y se atraen. Pero ella, Ernestina, está desposeída de toda voluntad fogosa, de todo espíritu combativo. Es pasiva y complaciente, se mueve por entre los grupos de sus amistades repartiendo sonrisas protocolares y un poco de calor voluptuosos... Nadie la ama, ni la posee con verdadero fervor; todo se limita a una modesta tentativa de aturdirse y de conculcar el placer de los sentidos con las convenciones... Piensa en la expresión de las miradas, de las bocas, en la insólita monotonía de las palabras. Acude a su recuerdo la actitud de un grupo de jóvenes que habían asistido a su última recepción. Los ve como los observó entonces, detenidos en posturas elegantes, aliadas sus lucidas cabelleras, vestidos con idéntica distinción. Todos fumaban cigarrillos turcos y todos hablaban a la vez. Parecía que cada uno de ellos se daba prisa por sorprender a sus oyentes con una noticia sensacional y que ninguno prestaba atención a lo que decían los demás jóvenes. No obstante, abrazaban la vieja y se inclinaban de una forma tan lánguida, tan indiferente, tan insensible, lanzaban informaciones que nadie oía.

—Esta mañana encontré en Florida a Coca de Martínez de Bos. Me pareció muy mona... le quedaba muy bien el traje con mangos rojos que se usaba ahora... insistió en que juegue con él el próximo torneo de golf. ¿Es todo un dilema! Yo había prometido formar pareja con Nelly Collins... En la última reunión de bridge en casa de los Rodríguez Poldán venían tres veces consecutivas el gran alemán. ¿Tenía una suerte fantástica! Ligaba en tal forma que me sentía incómodo... Esto me hace acordar que esta noche me esperan en el Olimpo... para una serie de partidas de póker... ¡Recibí de París una colección de grabados antiguos de un valor artístico estupendo! Un souvenir de viaje que me envía Paquito Irujo. Me encuentro con la difi-

cultad de no saber dónde ponerlos. ¿Podría colgarlos en un biblioteca; allí quedarían muy bien el ambiente de los libros armoniza con el tipo de los grabados... Pero ¿qué hago yo entonces con el lienzo de Fajita y los dibujos de Picasso?...

—No pienso ir a Mar del Plata. ¡Hay demasiada mezcala! detesto encontrarme en un sitio invadido por los almaceneros. En vez de aire se respira un olor a yerba y a chorizos... ¡Voy a dedicarme al turismo activo! Invitaré unos cuantos amigos y recorreremos las Sierritas de Córdoba en mi auto. Los caminos son magníficos... Luego, podremos descansar un par de meses en el Edén Hotel de La Falda. Oh, qué que la familia de Viale Diana compró un lindísimo chalet en Cruz Chica.

—Oh, qué aburrimiento! Pensar que tiene que oír a los conversaciones durante toda su vida... Y lo que es peor todavía, oírse a sí misma diciéndose a sí misma que no tiene nada que hacer. ¡Eso es exasperante, insostenible! ¡Oh, si pudiera evadirme de ese ambiente, escapar al tedio que la abruma!... Huir lejos, libertarse de todo, descansar... Si, descansar. Ahora comprende. Lo que le pasa es que está cansada, terriblemente cansada... La atormenta la sed de reposo. Pero la dónde ir? Ernestina hace un esfuerzo de voluntad para concretar la idea de un refugio que satisficiera su ansia de paz. El aliento de sombras en la pared que no cesa de contemplar con fija e inconsciente atención. Como un soplo de frescura le rozó el alma y la embriagó un semi recuerdo de profundidades verdosas amplias de quietud. Paró su infancia en el campo. Lo primero que vieron sus ojos fueron la sombra de la arboleda sobre los

producen los magníficos vestidos, que ella misma había decidido para estrenarlos en el día de su cumpleaños, logra reintegrarla al ambiente de su costumbre. Al salir del baño, tumbada por la frescura del agua, se siente capaz de imponer su voluntad y en excelente disposición de ánimo. Una vez vestida, se contempla al espejo sonriendo a su imagen y aceptando con una complacencia nada fingida las alabanzas de la mucama y de la modista. No puede menos que reconocer lo acertado de tales elogios que, siendo insignificantes en sí, le anticipan no obstante la admiración y la envidia de sus relaciones. Por más despreciables que le parezca ahora la pobreza espiritual de esa gente, la divagación de la idea de conciliar el posteo de su secreta despedida con el dramático y final triunfo mundano. Teniendo ya la certeza de realizar en breve su irresistible deseo de purificación, quiere lanzar una última mirada, una mirada lúbrica e irónica a ese ambiente de modestas y frías envenenadas que jamás comprenderá la verdadera causa de su alejamiento. Hace años que no se sentía tan firme en su voluntarismo; tan contenta como hoy; ¡qué buena sorpresa reserva a su marido! Lo había aborrecido, luego tratado con absoluta indiferencia. Actualmente él es la única persona por quien siente simpatía y hasta cierto punto respeto... No puede olvidar esa tolerancia benevolente y un poco asil que imprime como un sello de dignidad a todos los juicios de su marido. Este la admira, confía en su inteligencia y, seguramente, debe comprender el duro sacrificio que impone a la

atmósfera saturada de violentos aromas, sobre todo la molesta el perfume de muguet. Le encuentra algo impuro, sensual... se asocian a esta fragancia recuerdos que quisiera borrar de su memoria, emociones que ahora repelen a sus sentidos... Se detiene al azar para hojear unos lujosos álbumes con tapas de cuero dorado. ¡Qué libros incómodos! ¿Cómo tomarlos en la mano ya le duele el brazo... Recorre con la vista las mesas cargadas de regalos, los monumentales ramos de rosas blancas y rojas, de orquídeas, las jarrones de China y piedad con espanto en la enorme multitud de personas que los compraron y que vendrán a exigir de ella su sonrisa de agradecimiento y las palabras que ya no tiene la fuerza de pronunciar...

—Oye que has abierto la puerta del vestíbulo; parece un apagado rumor de voces, pasos que se aproximan... La sangre se agolpa a su corazón. Movida por un incontrolable impulso de alegría corre al encuentro de su marido, que avanza la mano apoyada en el bastón, erguido el torso e imponente como siempre. Una expresión de gran bondad anima su austero semblante.

—Mis felicitaciones, querida... Se inclina y la besa en los labios. Ernestina aspira el aroma intimamente familiar del cuerpo bien cuidado, de tabaco habano, de agua de Colonia, y se siente envuelta en una influencia protectora y reconfortante. La emoción la impide hablar, tampoco nota que su marido le coloca en el dedo un soberbio anillo de brillante.

—Federico ¡qué bien que viniste!... No me quedaré sola aquí, iré contigo a la estancia. Ya no pienso separarme de vos... He reflexionado mucho en estos últimos tiempos y me convencí de que la vida que llevo es horriblemente vacía, falsa, absurda. Te extraño, necesito tu compañía, quiero irme al campo, interesarme por tus cosas, vivir tranquila sabiendo que por fin hemos llegado a comprendernos. Mira esta enormidad de flores que me manda, esos regalos

—¿Qué es esto? ¿Qué significan las cartas y telegramas que se apilan sobre la bandeja del desayuno? ¿Por qué la mucama entra con ese aire de regocijo y con qué motivo se ha puesto tanto polvo en la cara? ¡Oh, qué contrariedad! ¿Por qué se recordaba que hoy es el día de sus cumpleaños...? ¡Qué tentación de escapar antes que empiece a llegar la gente! El tren sale por la tarde... ¿Y si hiciera el viaje en su auto de turismo? Podría llegar en el día; los caminos son buenos. Es justamente lo que va a hacer... ¡Sola y libre! —Qué gloriosa solución... Dentro de una hora subirá en el auto y emprenderá el viaje a la estancia, su viaje de liberación...

—Nos vamos a la estancia, Carolina. ¡No pierdas tiempo! Debemos salir dentro de una hora. Avisa al chauffeur para que aliste el nuevo coche de turismo y prepare las valijas... No se olvide de telegrafiar a mi marido cuando haya llegado... dice con voz vibrante, fulgurándole los ojos de alegría y repartiendo órdenes a la mucama, que la contempla presa de estupor.

—Esta, saliendo por fin de su sorpresa, se aventura a proferir:

—El señor regresó esta mañana de la estancia... Al saber que la señora dormía no quiso molestarla y se fue al centro. Me mandó decirle a la señora que volvería antes de mediodía.

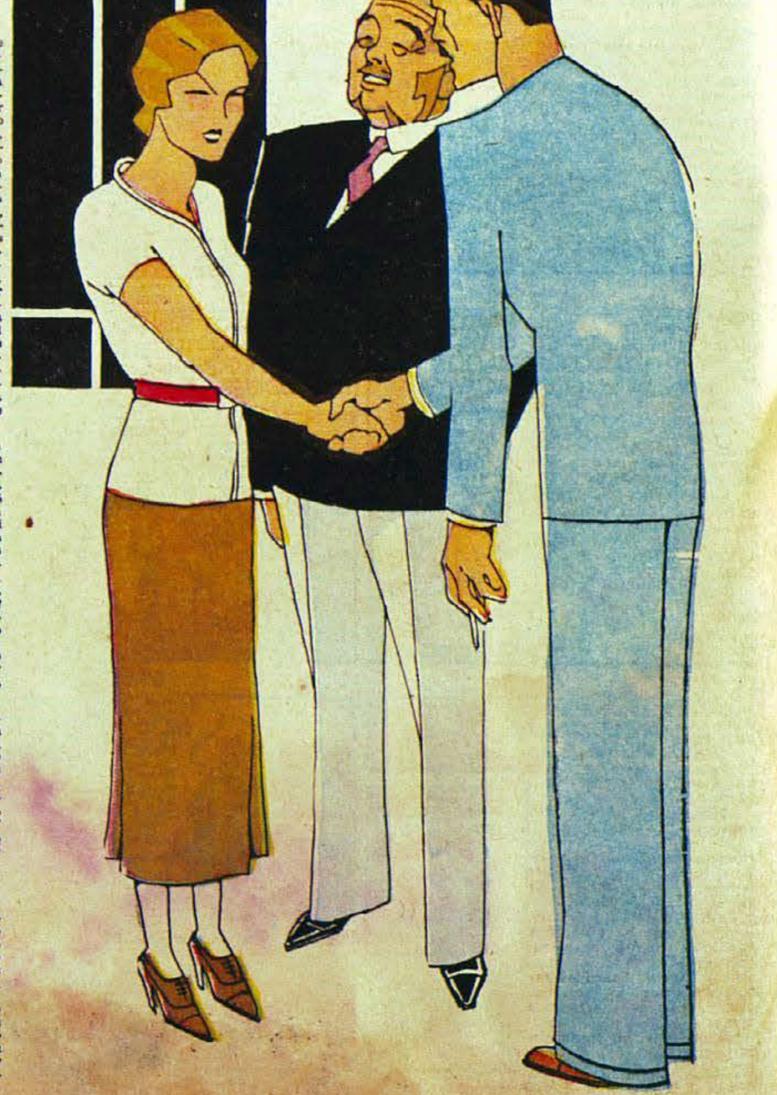
Como un repentino aturdimiento confunde las ideas de Ernestina. Su corazón empieza a latir con violencia, todo parece borrarse a su alrededor. No consigue distinguir con claridad la cara de la mucama; sólo percibe con extraordina-



—¿Qué cosa, don Eusebio? — Interroga cándidamente el muchachito.

—Entre tanto la señora no duerme. Hace rato que está despierta y ajena a cuanto agitación perturba la quietud matinal de la estancia. Se desliza en su amplio lecho, sigue con una mirada absorta las sombras de las cortinas que flotan en la claridad intensa de la pared. Pensamientos alarmantes, asidos, agitados, desfilan y se entrecruzan en su mente atormentada por tan insólito desasosiego. ¿Qué ilusión le queda en la vida? ¿Cuál es el verdadero objeto que, persiguiendo obedeciendo con tal febril e incesante esperanza a sus impulsos amorosos? ¿Con qué preguetación interior de dicha se entrega al deseo de un extraño, segura de hallar en una reciprocidad definitiva, un sentimiento hondo, apaciguador, perdurable? ¿Por cuántas experiencias similares ha pasado? ¿Cuántas veces ha succumbido a su renovado anhelo de descubrir un ser que, en una reciprocidad de comprensión amplia, en la que podría refugiarse y descansar de sus pasadas decepciones, de su insensatez, de la secreta, lacernante conciencia de su propia indigencia...? ¿Qué toda esa incontrolable vehemencia sensual de su temperamento desempeña solamente un papel secundario en su personalidad, a semejanza de un diáfragma que oculta bajo su engañosa apariencia la legítima imagen del ser...? Si toda ella se volcara por entero en el triunfo de su carne, ¿por qué sentiría ahora esa enorme desolación, esa repugnancia que se extiende más allá del nido y nada ofensivo recuerdo que guarda de las emociones que disfrutó esta noche en compañía de su nuevo amante... En su memoria se destaca la figura virilmente irreprochable del joven, sus brazos de elegante jugador de polo, la boca perfumada de voluptuosidad... ¡Si, es un hombre de físico y de actitudes seductoras, no puede hallarle ningún defecto visible! Y, sin embargo, contempla la imagen despectiva y trémula movida por una repentina aversión hacia todo ese conjunto de detalles superfluos que forman la persona de su amante. Posturas apasionadas, presión de músculos bien disciplinados, miradas prometedoras y envolventes y una timidez de vida en los ojos que tricionan el deseo de impresionarla. Y ese es todo. Ni más emotivo ni menos fundido que los otros.

Se detiene en la calle para ver bajar a los chicos, y se acuerda de las exigencias de los prejuicios sociales. Ernestina se sentía irresistiblemente atraída hacia los niños. Se detiene en la calle para ver bajar a los chicos, y se acuerda de las exigencias de los prejuicios sociales. Ernestina se sentía irresistiblemente atraída hacia los niños. Se detiene en la calle para ver bajar a los chicos, y se acuerda de las exigencias de los prejuicios sociales.





# Los Ganadores de Mañana

**M**ARTIN "Knocker" Thompson era difícilmente un caballero. Había sido empresario de dudosos matches de box y de partidos (amistosos) de poker, que ya no dejaban la menor duda. Carecía de imaginación, pero no de viveza y de cierta habilidad. Su galera, sus polainas y la herradura de oro de su corbata podían haber sido más charras, pero estaba tratando de despistar.

No siempre iba a favorecerlo la suerte, pero el hombre se defendía. La explicación no era difícil: "Por cada ojar que se muere, nacen diez más".

Sin embargo, la tarde que se encontró con el viejo, andaba cortado. Knocker había dedicado la siesta a una conferencia sobre finanzas en un hotel. Las opiniones abundantemente emitidas por sus dos socios no, lo molestaban en absoluto, pero sí el hecho de que le retiraran su crédito.

Dobó por Whiteomb y se dirigió a Charing Cross. El enojo acentuaba la fealdad normal de su cara, y el resultado general inquietó a las pocas personas que lo miraron.

A las ocho horas, la calle Whiteomb no está muy concurrida, y no había nadie cerca de los dos cuando el viejo le habló. Estaba acurrucado en un portón cerca de Pall Mall, y Knocker no podía verlo bien.

—Hola, Knocker! — gritó. Knocker se dio vuelta.

En la oscuridad describió la vaga figura, sin otro rasgo memorable que una barba blanca desmesurada.

—¡Hola! — respondió desconfiadamente. (Su memoria le estaba asegurando que él no conocía esa barba).

—Hace frío... — dijo el viejo.

—¿Qué quiere? — dijo Thompson con sequedad. ¿Quién es usted?

—Soy un viejo, Knocker.

—Si eso es todo lo que me quiere decir...

—Es casi todo. ¿Quiere comprarme un diario? Le aseguro que no es como los demás.

—No entiendo. ¿Qué no es como los demás?

—Es el "Eco" de mañana a la noche — dijo el viejo calmadamente.

—Usted debe estar mareado, amigo: eso es lo que le pasa. Mi- re, los tiempos no son buenos, pero aquí tiene un peso, ¡y que le traiga suerte!... Sinvergüenza o no, Thompson tenía la generosidad natural de los que viven presurosamente.

—¡Suerte! — El viejo se rió con una dulzura que crispó los nervios de Knocker.

—Mire, — dijo otra vez, consciente de algo inverosímil y raro en la vaga figura del portón. — ¿Qué juego es este?

—El juego más antiguo del mundo, Knocker.

—Dele un descansito, a mi nombre, hágame el favor.

—¿Lo avergüenza su nombre?

—No — dijo Knocker con firmeza. — Dígame de una vez lo que quiere. Estoy harto de perder tiempo.

—Váyase entonces, Knocker.

—Pero, ¿qué quiere usted?

—Insistió Knocker, extrañamente inquieto.

—Nada. ¿No quiere llevarse este diario? En el mundo no hay otro igual. Ni habrá, por veinticuatro horas.

—Claro. Si recién mañana aparece — dijo Knocker con sorna.

—Tiene los ganadores de mañana — dijo el otro con sencillez.

—Está mintiendo.

—Fíjese usted mismo. Ahí los tiene.

Un diario salió de la oscuridad y los dedos de Knocker lo aceptaron casi con miedo. Una carcajada retumbó en el portón, y Knocker se quedó solo.

Sintió incómodamente el latir de su corazón, pero siguió hasta una vidriera con luz que le permitió ver el diario.

"Jueves 20 de Julio de 1926", leyó.

Pensó un rato. Hoy era miércoles, tenía la seguridad. Sacó del bolsillo una agenda y la consultó. Era miércoles 28 de Julio, último día de carreras en Kempton. No cabía duda.

Miró otra vez la fecha: Julio 29, 1926. Buscó instintivamente la última página — la página de las carreras.

Se encontró con los cinco ganadores en el hipódromo de Gatwick. Se pasó la mano por la frente: estaba húmeda de sudor.

—Hay una trampa en esto, — dijo en voz alta y volvió a examinar la fecha del diario. Estaba repetida en cada página, clara y patente. Examinó después la fecha del año, pero también el seis era perfectamente normal.

Miró con apuro la primera página. Había un encabezamiento de ocho columnas sobre la huelga. Eso no podía corresponder al año pasado. Volvió en seguida a las carreras. El ganador de la primera era Inkerman — y Knocker había resuelto jugarle a Clip. Notó que los transeúntes lo miraban con curiosidad. Se metió el diario en el bolsillo y siguió. Nunca había precisado tanto un poco de alcohol. Entró en un bar cerca de la estación, que felizmente estaba vacío. Después de tomar una copa sacó el diario. Si Inkerman había ganado la primera y había pagado seis a uno. (Knocker hizo ciertos cálculos rápidos pero satisfactorios). Salmón había ganado la segunda; era lo que él siempre había dicho. Bala Perdida — ¡quién demonios iba a pensar! — había ganado la tercera, la grande. ¡Y por siete cuerpos! Knocker se humedeció los labios resaca. No había ninguna mistificación. Conocía muy bien los caballos que correrían en Gatwick, y ahí estaban los ganadores.

Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud le dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol arrojó el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

—¿Tiene algún dato para mañana? — éste le preguntó. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló. Si, — dijo luego — Salmón en la segunda carrera.

Knocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la bofetada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.

En la carrera principal casi nadie le jugó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había, por qué. Knocker repartió las apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.

Esa carrera no tuvo emoción para Knocker. El ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de plata, y eso no era nada comparado con lo que iba a cosechar en el West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de carreristas, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo solían poner muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía desentender del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El diario estaba siempre en su bolsillo: tuvo un impulso y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias. Lo hojeó; era un diario como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo: un suelto le llamó la atención. "Muerte en un tren" se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitado, pero él siguió leyendo. "El conocido deportista señor Martin Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick."

No leyó más; el diario se le cayó de las manos. Fíjese en Knocker — alguien dijo —. Debe estar enfermo. Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—¡Paren... paren el tren. — balbuceó, y buscó la campana de alarma.

—¡Quietos amigos, — dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo —. Síntense, no hay por qué tirar la manija...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios pero era inútil.

—Está muerto, — dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al diario en el suelo. El barullo le había empujado bajo el asiento, y no es posible decir dónde fue a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal vez. Nadie sabe.

—Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud le dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol arrojó el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

—¿Tiene algún dato para mañana? — éste le preguntó. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló. Si, — dijo luego — Salmón en la segunda carrera.

Knocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la bofetada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.

En la carrera principal casi nadie le jugó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había, por qué. Knocker repartió las apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.

Esa carrera no tuvo emoción para Knocker. El ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de plata, y eso no era nada comparado con lo que iba a cosechar en el West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de carreristas, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo solían poner muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía desentender del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El diario estaba siempre en su bolsillo: tuvo un impulso y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias. Lo hojeó; era un diario como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo: un suelto le llamó la atención. "Muerte en un tren" se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitado, pero él siguió leyendo. "El conocido deportista señor Martin Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick."

No leyó más; el diario se le cayó de las manos. Fíjese en Knocker — alguien dijo —. Debe estar enfermo. Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—¡Paren... paren el tren. — balbuceó, y buscó la campana de alarma.

—¡Quietos amigos, — dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo —. Síntense, no hay por qué tirar la manija...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios pero era inútil.

—Está muerto, — dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al diario en el suelo. El barullo le había empujado bajo el asiento, y no es posible decir dónde fue a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal vez. Nadie sabe.

—Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud le dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol arrojó el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

—¿Tiene algún dato para mañana? — éste le preguntó. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló. Si, — dijo luego — Salmón en la segunda carrera.

Knocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la bofetada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.

En la carrera principal casi nadie le jugó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había, por qué. Knocker repartió las apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.

Esa carrera no tuvo emoción para Knocker. El ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de plata, y eso no era nada comparado con lo que iba a cosechar en el West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de carreristas, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo solían poner muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía desentender del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El diario estaba siempre en su bolsillo: tuvo un impulso y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias. Lo hojeó; era un diario como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo: un suelto le llamó la atención. "Muerte en un tren" se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitado, pero él siguió leyendo. "El conocido deportista señor Martin Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick."

No leyó más; el diario se le cayó de las manos. Fíjese en Knocker — alguien dijo —. Debe estar enfermo. Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—¡Paren... paren el tren. — balbuceó, y buscó la campana de alarma.

—¡Quietos amigos, — dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo —. Síntense, no hay por qué tirar la manija...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios pero era inútil.

—Está muerto, — dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al diario en el suelo. El barullo le había empujado bajo el asiento, y no es posible decir dónde fue a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal vez. Nadie sabe.

—Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud le dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol arrojó el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

—¿Tiene algún dato para mañana? — éste le preguntó. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló. Si, — dijo luego — Salmón en la segunda carrera.

Knocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la bofetada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.

En la carrera principal casi nadie le jugó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había, por qué. Knocker repartió las apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.

Esa carrera no tuvo emoción para Knocker. El ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de plata, y eso no era nada comparado con lo que iba a cosechar en el West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de carreristas, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo solían poner muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía desentender del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El diario estaba siempre en su bolsillo: tuvo un impulso y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias. Lo hojeó; era un diario como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo: un suelto le llamó la atención. "Muerte en un tren" se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitado, pero él siguió leyendo. "El conocido deportista señor Martin Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick."

No leyó más; el diario se le cayó de las manos. Fíjese en Knocker — alguien dijo —. Debe estar enfermo. Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—¡Paren... paren el tren. — balbuceó, y buscó la campana de alarma.

—¡Quietos amigos, — dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo —. Síntense, no hay por qué tirar la manija...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios pero era inútil.

—Está muerto, — dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al diario en el suelo. El barullo le había empujado bajo el asiento, y no es posible decir dónde fue a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal vez. Nadie sabe.

—Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud le dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol arrojó el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

—¿Tiene algún dato para mañana? — éste le preguntó. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló. Si, — dijo luego — Salmón en la segunda carrera.

Knocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la bofetada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.

En la carrera principal casi nadie le jugó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había, por qué. Knocker repartió las apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.

Esa carrera no tuvo emoción para Knocker. El ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de plata, y eso no era nada comparado con lo que iba a cosechar en el West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de carreristas, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo solían poner muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía desentender del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El diario estaba siempre en su bolsillo: tuvo un impulso y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias. Lo hojeó; era un diario como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo: un suelto le llamó la atención. "Muerte en un tren" se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitado, pero él siguió leyendo. "El conocido deportista señor Martin Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick."

No leyó más; el diario se le cayó de las manos. Fíjese en Knocker — alguien dijo —. Debe estar enfermo. Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—¡Paren... paren el tren. — balbuceó, y buscó la campana de alarma.

—¡Quietos amigos, — dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo —. Síntense, no hay por qué tirar la manija...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios pero era inútil.

—Está muerto, — dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al diario en el suelo. El barullo le había empujado bajo el asiento, y no es posible decir dónde fue a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal vez. Nadie sabe.

—Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud le dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol arrojó el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

—¿Tiene algún dato para mañana? — éste le preguntó. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló. Si, — dijo luego — Salmón en la segunda carrera.

Knocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la bofetada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.

En la carrera principal casi nadie le jugó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había, por qué. Knocker repartió las apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.

Esa carrera no tuvo emoción para Knocker. El ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de plata, y eso no era nada comparado con lo que iba a cosechar en el West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de carreristas, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo solían poner muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía desentender del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El diario estaba siempre en su bolsillo: tuvo un impulso y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias. Lo hojeó; era un diario como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo: un suelto le llamó la atención. "Muerte en un tren" se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitado, pero él siguió leyendo. "El conocido deportista señor Martin Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick."

No leyó más; el diario se le cayó de las manos. Fíjese en Knocker — alguien dijo —. Debe estar enfermo. Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—¡Paren... paren el tren. — balbuceó, y buscó la campana de alarma.

—¡Quietos amigos, — dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo —. Síntense, no hay por qué tirar la manija...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios pero era inútil.

—Está muerto, — dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al diario en el suelo. El barullo le había empujado bajo el asiento, y no es posible decir dónde fue a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal vez. Nadie sabe.

—Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud le dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol arrojó el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

# Los breves días de Shelley

**J**URO ser justo y libre. Juro no hacerme cómplice, ni por el silencio, de los egoístas y de los poderosos. Juro consagrar mi vida a la belleza. Tal fue la fórmula decidida que se expresó a sí mismo el escolar Percy Bysshe Shelley en un acceso de soledad, lejos de los alfilerazos de sus compañeros, escollos vivientes de sus sueños líricos. ¿Se puede en verdad consagrar toda una vida al culto de la belleza, tan exigente como es? ¿Necesitará ser breve aquella vida para no claudicar? Nuestro poeta contó hasta treinta los años que se suman exclusivamente para uno. ¿Y desapareció antes de tiempo quien cursó por vocación insignie todas las ramas de la poesía? ¿Aquel número de años vividos no separa la juventud de la época en que el individuo se ve obligado a totalizarse como hombre a causa de la exigencia cruda de las circunstancias? Vivió lo suficiente. Todos vivimos lo necesario. No hay escritor malogrado; esta palabra es eufemismo que se emplea para dorar vidas breves que evitaron la certificación del fracaso por cortarse a tiempo.

Tampoco hay en los casos de aprovechamiento rotundo de la existencia vidas breves. Porque la vida de Shelley equivale a otra doblada en años más de lentísimo éxito. Para la vida no cuentan los números fríos, cantidades siempre y no cualidades. Hay vidas breves, largas en alguna dimensión. Lo que me parece más incontestable es la distinta duración de los días (y aún desde el punto de vista astronómico hay razón en hablar así): creo en las vidas de los días breves (y en las de dilatados días). De este modo somos más exactos ante el panorama de una vida admirable y más piadosos. Como un hombre de corazón ardiente, arrebatado, vive mucho en un día de su existencia no convence, porque sería hacer a tal hombre eminentemente práctico: ¿y lo son los poetas? ¿Cuántas horas no perdió el artista por su logro interior o para la misma obra? En una hora de terminada le faltó un minuto para llegar a su destino del momento y por no llegar se perdió esa hora: el día a que corresponde tal hora resulta más breve que otros sin tal inconveniente. Como a la imaginación se la espera en ocasiones sin que llegue en todo el día, éste no sólo fue breve, sino que no existió para el artista o poeta puro. ¿Cómo lo contará el que ha sido exagerado vivirlo, su frío? Shelley quizá haya desaparecido contando mucho menos de treinta años válidos para el Shelley inconformista: somos malos agrimensores de las tierras del tiempo.

Hay un suceso muy importante en la vida del gran lírico que éste no supo interpretar o no lo aprovechó. Shelley tiene ingerencia en la abreviación de la vida de Fanny Jurly. Esta muchacha, hija adoptiva de los esposos Godwin, secretamente enamorada de Shelley, no logró hacerle saber su pasión, pese a las cartas tiernas pero tímidas que le enviaba a Ginebra, donde aquel residía con las hermanas de ella, Mary y Clara, a consecuencia de una fuga. Tales cartas no fueron comprendidas de ninguna manera de los tres y sólo tuvo la discreta enamorada un reloj en cambio, obsequio de Shelley y Mary. Vuelto a Londres la vieron triste y quejosa de su soledad, y en Bath se renovó la llegada de las cartas siempre amables de Fanny; pero en otra de Bristol se leía: "Salgo para un lugar de donde espero no volver". Efectivamente, en el cuarto de una posada de Swansea apareció una mañana su cadáver y una carta de la que resultó suicida: había acudido para el ganador alivio a una cantidad de laudano. La señora Godwin propaló que se había suicidado por aquel amor sin confesión, aunque en la carta se quejaba nada más que de su existencia enojosa. Después de abandonar a su primera mujer, Harriet Westbrook, el poeta quizá hizo concebir esperanzas sin pensarlos a la niña que, entre otras, trató en busca de satisfacciones sentimentales. Mucho lo afectó el suceso y se decía: "Cuántos sufrimientos pueden causarse sin quererlo. Cómo se puede pasar al lado de afectos profundos sin sospechar siquiera su presencia".

El hecho es que esta pasión suscitada, aunque más no fuera por el trato del poeta, hizo abreviar una vida de muchacha muy sensible. Pero no fue advertencia para el mismo.

Sin embargo, otro es el suceso más trascendente para su existencia por su significado. Este, también Harriet, su mujer, se suicidó, y de modo más terrible: el deceso fue por asfixia: un certificado decía: "encontrada ahogada". Y eso, con pocos detalles más que hacían pensar en una vida irregular luego del abandono que él hizo de ella. Shelley se interrogaba acerca de la responsabilidad que le pertenecía por lo sucedido y apartaba sus horizontes y con energía de atribuirse alguna: "Hizo lo que debía. Cuando la abandoné ya no nos amábamos"... etc. Y pedía a sus amigos que no podía sacrificar su vida a una mujer mediocre, cosa que ya él se adelantaba en sus escrupulos de conciencia. (Y cuánto se imaginó aquella cabeza rubia con los estigmas de color y aspecto siempre repulsivos de los ahogados!). Este episodio no le sirvió para aclarar en nada su porvenir. Era una señal más terminante y urgente. Y no la aprovechó.

Todavía hay más. Y de su pluma. Pero no vio nunca nada fuera del significado estricto en sus propias palabras. En las propias palabras de sus propios versos.

En todas las antologías se incluye una composición que, traducida, es la siguiente: "La mar del tiempo" y que dice:

Mar sin fondo del tiempo, olas los años,  
Dieron la sal las lágrimas de penas,  
Cuyas mareas miden lo mortal,  
Es la mar que de víctimas se cansa,  
Precipita despojos a la playa  
Y rugiendo sin tregua pide más.  
Traidora en plácidez  
Y en la ira espantable  
¿Quién sin temblar se puede a tí entregar?"

Esto, más o menos sujeto al inglés original, escribió el poeta. Y con todo no le fue bastante. No le bastó una vida abreviada voluntariamente. No le bastó que apareciera ahogada su primera

mujer. Ya son sus días, y su fin, no le bastó lo que más debía leer claro: su propia poesía sobre el mar. ¡Hubo enguerra! ¡Respecto de sí mismo cuál es el valor de profecía que tienen los poetas vinculados por tradición con los videntes?... En Pisaya estaban en sublime compañía los amigos Byron y Shelley. Y en Génova el capitán Roberto construye para el poeta, y un amigo del mismo, Williams, un barco que se bautizó con el nombre de "Don Juan", en honor del lord poeta. El que a su turno ordenó otra embarcación, el "Bolívar", de mayor calado. Necesitándose un alojamiento apropiado a orillas del mar se encontró solamente una casa grande, "Casa Magna", con una terraza a donde llegaba el agua encrespada y desde la cual se dominaba el golfo de Spezia. Fallecida Allegra, la hija de Byron, Shelley escribió al capitán Roberto para que substituyera el nombre de "Don Juan" por el de "Ariel", a raíz de la enemistad que naciera contra Byron. Pero el yate llegó ostentando las letras repudiadas y como no se consiguiera por ningún medio borrarlas, hubo que recortar la vela y coserla de nuevo. El capitán genovés que lleva el navío afirmó que era muy bueno y veloz, aunque de manejo algo difícil con el mal tiempo. Williams y Shelley, sin verdadera competencia, habían hecho construir un yate estroboático y elegante y eran necesarias dos toneladas de plomo para equilibrarlo.

Los dueños del "Ariel" decidieron embarcarse solos, aparte de un grumete. Williams había servido tres años en la marina; pero Shelley era torpe, enredábase en las cuerdas, leía a Sófoeles prendido de la barra y peligraba a cada instante de ser tumbado a bordo. Sin embargo era dichoso como nunca. Hubo el consejo de buscar un buen marino conocedor de la bahía. Para abordar en la playa de "Casa Magna" el gran calado del barco impuso usar una pequeña calca para llegar en ella a la orilla, canoa muy frágil que se balanceaba al menor impulso y fue el juguete habitual de Shelley que oscilaba sobre las olas echado en ella. Y llevó un día a la señora Williams con sus dos hijos menores a un sitio peligroso y allí dijo: "Vamos a resolver juntos el gran misterio". Cualquier movimiento de los niños hubiera tumbado la débil casaca.

Un mediodía de julio amenazaba la tempestad al puerto de Livorno, donde a bordo del "Ariel" estaban los dos propietarios y el grumete; pero Williams, decidido a salir porque tenía prisa, afirmó que en siete horas llegarían a destino. Partieron y un marino que era experto comentaba que se iban muy arriados a la costa y que debían haber salido antes, a más que la corriente podía ser un obstáculo. Pero el nombre de "Ariel" ¿qué significaba? El pueblo de los moabitas, que habitaba en la parte de la Arabia Pétria situada al Este del Mar Muerto, tenía entre sus ídolos a uno que denominaban Ariel; pero también por haber pasado a ser el de un ángel y ángel malo, para pelear. Shakespeare, después, le dio el empleo inmortal en la "Tempestad". ¿Se iría a encontrar el poeta Shelley entre una tempestad y un ángel? Pues la tormenta avanzaba contra el barco, que fue ocultado por las montañas de la costa. Pero a las pocas horas llegó a la playa de "Casa Magna" el viento furioso y las olas altísimas, hermanadas de la violencia, azotaban el puerto asombrado. Pocas horas más tarde alguien no dejaría de escudriñar con los catalejos el mar despejado, porque hay que estar destrozado por los vientos tan despejados del mar que no había en su extensión un solo barco...

¿Shelley el destino que parecieron anunciar tres signos de su vida y que no atendió? Y a la semana siguiente un cuerpo desconocido había sido arrojado a la misma playa de expectación. Era un cadáver de horrible aspecto: ¿por qué el de la mujer del poeta?... Si por haber muerto por el vestido... ¡Ah! y en un bolsillo apareció un ejemplar del trágico griego que buscó el principio de la acción en la voluntad humana, Sófoeles; y en otro bolsillo un ejemplar de las poesías del poeta Keats... ¿De poeta se trataba!...

También aparecieron los cuerpos de Williams y del marino, que fueron sepultados en la playa. Al día siguiente se exhumó el cuerpo de Williams le tocó su vez a Shelley, enterrado en la arena entre el mar y un bosque de pinos. Estaba Byron para presidir una antigua ceremonia griega, la incineración del cuerpo ¿sugerida por un amigo? Y los niños de la región habían concurrido en gran cantidad. Y cerca se alzaban "los pinos de Italia", de que habla Darío; pero los pinos le debían a Shelley este verso en que dice:

"Enlázase a los pinos la guirnalda"...  
Y la guirnalda es una corona abierta de flores...  
Les fue difícil a los soldados que cavaban dar con el cuerpo. Pero bruscamente un pico produjo un breve grito metálico al dar contra el cráneo privilegiado: así le habrá parecido a Byron que pensaba en la elegancia con que Shelley atravesaba los salones de fiesta. El cuerpo había sido casi calcinado por la cal que lo revestía. Luego, sobre la llama oportuna se desmenuzó el poeta de desmenuzó el poeta (el poeta de desmenuzó el poeta) y se produjo el vino. Tras unas horas en esa hoguera extraordinaria permanecía poco menos que intacto el corazón, islote de dulzura en ese mar de fuego, y entonces un amigo lo rescató en sus manos y recogió las cenizas y los huesos para meterlos en una urna de encina... Pero la incineración se hizo por las disposiciones sanitarias que vedaban el transporte de un cadáver arrojado por el mar, o fue el mismo Shelley el que la había pedido oportunamente... Parece que Mary le pidió que quemara el cuerpo en el cementerio de Berna, que gustábase al poeta por su belleza. Y así se conserva el corazón del gran lírico guardado donde hay una inscripción que decreta en dos palabras: "Cor cordium", ser el corazón de los corazones!

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fue asfixiado por el agua, una lucha; después fue reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fue guardado en la urna, una sombra.

# Los Caballos Corriosos

**L**a característica sobresaliente del progreso, ha sido siempre la rapidez y ésta, en cierto lapso de la vida de la humanidad, dependió en gran parte del caballo. Luego, a él se debe también gran parte del progreso actual. En efecto, ningún animal tan valioso para el hombre como el caballo. En realidad, fue el precursor vivo del motor, abrevió distancias y arrastró grandes pesos, acostumbrando tanto a su amo a la velocidad que, la suya le pareció poca y trató de aumentarla, lográndolo en la forma conocida.

**Alburak y Bucéfalo**  
Tanto en la paz como en la guerra, el hombre se sirvió del caballo, convirtiéndolo en un poderoso factor de éxito en su destino. Fue más utilizado para las campañas militares que para las tareas propias de los tiempos de paz, para las cuales se ocupaba a otras especies de animales. Así llegó a ser el compañero de la salvación, el arma más rápida y poderosa de los hombres de la antigüedad. Lo montó lo mismo el general que el profeta. Mahoma nos ha legado el nombre de su caballo Alburak, que lo llevó al séptimo cielo: era un equino blanco, con alas de águila, cara humana, y mandíbulas de caballo. Tenía un paso tan veloz y largo como nuestra mirada, vale decir que iba de horizonte a horizonte.

**Copenhague**  
Así se llamó el caballo del duque de Wellington, y mereció capítulo aparte solamente por esto. Lo montó durante 17 horas consecutivas en la batalla de Wellington desmontado, después mal, bravo siempre y con todos los que se le acercaban. Tenía una manía que casi costó la vida al duque: pateaba. Cuando Wellington desmontó, después de terminada Waterloo, Copenhague le dirigió una cox que por pocos milímetros no le dio en la cabeza.

**Yononi**  
Este caballo perteneció a Lord Roberts, quien lo compró a un comerciante de caballos en Bombay, cuando tenía la edad de cuatro años, es decir, todo un caballo. Era torcido, de raza árabe. Lord Roberts hizo en él la campaña guerrera en la India de 1882-1883, montado durante la toma de Kabul y en otros muchos momentos importantes de su vida, hasta que murió sobre su cuello. Fue el único caballo del imperio británico que disfrutaba la honra de tener permiso para llevar una condecoración que le fue otorgada en virtud de sus importantes servicios prestados a la nación.

**Marengo**  
Napoleón, que podía darse el placer de montar los más grandes caballos, tuvo varios favoritos, pero el más famoso de todos, y el que montaba en las grandes ocasiones era Marengo, Bayo, Árabe. Excepcionalmente bello dentro de su raza de líneas elegantes, era fuerte, ágil y de segura acción. Lo adquirió en Egipto en el año 1770, montándolo después de Abukir. Austere, Jens, Wagner, vieron la silbata del más grande genio militar, sobre el freno y poderoso Marengo. Pero no sólo debía compartir Marengo, las victorias de su regimiento, también tuvo la gloria de llevarlo en las batallas que abatió su poderío soberbio, haciendo toda la campaña de Rusia y conduciéndolo en Waterloo. En muchas ocasiones fue herido, sobre todo en la última acción mencionada, pero la suerte no quiso que cayese nunca siempre en el campo de batalla.

**Malech y Negro Saladin**  
Inglaterra cuenta también entre sus caballos con varios que llegaron a la celebridad. Roan Barbary de la silla de Ricardo

II y White Surrey de la de Ricardo III, merecieron ser nombrados por Shakespeare. Esto nos evita toda otra ponderación.

En la edad media era frecuente que, el señor que mandaba una fuerza, viendo difícil la victoria, diera muerte a su corcel, demostrando con ello que estaba dispuesto a vencer o a dejar la vida en el campo de batalla. El conde de Warwick mató a su caballo Malech en la batalla de Towton. En la batalla de Barnet hizo lo mismo con Negro Saladin, hijo del anterior. Desmontando en medio de ambos bandos que se disputaban la victoria, besó al corcel en la frente, y de los ojos del animal, que bajó dócilmente la cabeza, rodaron lágrimas — al decir de los comentaristas —. El conde desvaneció el puñal de la misericordia. Durante un instante reinó silencio solamente en ambos bandos. Y tapando los ojos del caballo, lo degolló de un tajo. Un gran grito partió de las apretadas filas de caballeros vestidos de hierro.

Decíase entonces en Inglaterra que a la terminación de la sangre de los Malech, dejaría de existir la familia de Warwick. ¿Qué misterio había en el destino de la gran familia mencionada y qué íntima e ignorada relación tenía con la sangre de los Malech? El caso fué que los diceres se cumplieron.

**Copenhague**  
Así se llamó el caballo del duque de Wellington, y mereció capítulo aparte solamente por esto. Lo montó durante 17 horas consecutivas en la batalla de Wellington desmontado, después mal, bravo siempre y con todos los que se le acercaban. Tenía una manía que casi costó la vida al duque: pateaba. Cuando Wellington desmontó, después de terminada Waterloo, Copenhague le dirigió una cox que por pocos milímetros no le dio en la cabeza.

**Yononi**  
Este caballo perteneció a Lord Roberts, quien lo compró a un comerciante de caballos en Bombay, cuando tenía la edad de cuatro años, es decir, todo un caballo. Era torcido, de raza árabe. Lord Roberts hizo en él la campaña guerrera en la India de 1882-1883, montado durante la toma de Kabul y en otros muchos momentos importantes de su vida, hasta que murió sobre su cuello. Fue el único caballo del imperio británico que disfrutaba la honra de tener permiso para llevar una condecoración que le fue otorgada en virtud de sus importantes servicios prestados a la nación.

**Marengo**  
Napoleón, que podía darse el placer de montar los más grandes caballos, tuvo varios favoritos, pero el más famoso de todos, y el que montaba en las grandes ocasiones era Marengo, Bayo, Árabe. Excepcionalmente bello dentro de su raza de líneas elegantes, era fuerte, ágil y de segura acción. Lo adquirió en Egipto en el año 1770, montándolo después de Abukir. Austere, Jens, Wagner, vieron la silbata del más grande genio militar, sobre el freno y poderoso Marengo. Pero no sólo debía compartir Marengo, las victorias de su regimiento, también tuvo la gloria de llevarlo en las batallas que abatió su poderío soberbio, haciendo toda la campaña de Rusia y conduciéndolo en Waterloo. En muchas ocasiones fue herido, sobre todo en la última acción mencionada, pero la suerte no quiso que cayese nunca siempre en el campo de batalla.

**Malech y Negro Saladin**  
Inglaterra cuenta también entre sus caballos con varios que llegaron a la celebridad. Roan Barbary de la silla de Ricardo



# ★ La Ultima Bala ★

**E**STO aconteció en los alrededores de la sección 2a., en el barrio de la Cañada, que más bien le dicen del Sapo. De ese lado se pone el sol. Luego de alumbrar las calles del centro, las casas de familia y los orondos edificios públicos que hay alrededor de la plaza, la luz del día tiene que morir en ese barrio chúcaro. Las casas, en el barrio del Sapo están como desparramadas. Hay un arroyo de lo más extremista, que vacila entre la sequía y la inundación. Hay unas verditas altas muy desparejas. Hay perros sueltos que reclaman el cascotazo. Hay saucos, charcos, hornos de ladrillos, herrerías y vastos corrales. Hay alguna casa de mala vida, con una ventanita donde palpan de armas al cliente, y un enorme patio de tierra, con variadas gallinas picoteadoras y un gallo compadrón. Hay el concurrido almacén del vasco Letamendi. Ahora lo han rebocado (hablo del almacén) y creo que se llama El Emporio, pero en los días de mi historia se le podían contar los ladrillos y le decían La Paloma. Junto al despacho de bebidas hay una pieza grande con una mesa larga en el medio, hecha como de encargo para jugar al monte o al truco, que es lo que sucede todas las noches. En las paredes, en la puerta que da al boliche y en el marco de una ventana, hay todavía cinco orificios. El puntual investigador que no dé con todos puede pedir que Letamendi le muestre el preciso lugar, pero le advierto que ese tema no es de los preferidos del vasco... Letamendi, créame, es todavía un hombre formado.

Al mes de estar en Ghivicoy (y de concurrir muy seguido al almacén del vasco) tuvieron el disgusto los dos. De lo más serio tiene que haber sido el asunto, porque el vasco anduvo diciendo que le había prohibido a ese ladrón que pusiera los pies en su casa y que si trataba de hacerlo lo mataría.

Viborita lo supo y dejó pasar unas noches. Esperó sin apuro la del sábado, que era la de más concurrencia. A eso de las 10 entró al almacén, con el chambergo requintado sobre los ojos. El juego iba a empezar de un momento a otro. Todos lo esperaban a Letamendi, que estaba despachando una caña en el mostrador. Eso (como digo) entró Suárez.

Habló con infinita dulzura. Dijo que más de uno le había contado que si ponía los pies en el boliche lo iba a matar el vasco y que él venía a probar si era cierto y si el vasco era un hombre de palabra o una basura. Esas cosas las dijo con suavidad, pero bien fuerte, como para ser oído por todos. La gente olió tormenta y se abrió.

El vasco lo escuchó como una montaña. Cobró la caña, devolvió el cambio, y le dijo al provocador que pasara a la pieza contigua: la de la mesa larga y los naipes. (Ni un alma había quedado en ella).

En esa pieza entraron los dos. Letamendi cerró la puerta con llave. La gente se agolpó sobre el tabique, para espiar la pelea.

El vasco fue al cajón del aparador, sacó un revólver Colt y alzó el brazo derecho con gravedad. Suárez no le quitaba los ojos. Estaba agazapado, a la espera del estrepito que iba a zumbarlo, la mano metida en el saco, sobre el cuchillo inútil.

A pocos pasos de distancia Letamendi hizo fuego. Entonces ocurrió el primer milagro. Con una ligereza de indio o de tigre, Suárez había cuerpado el balazo, saltando a la derecha. Ahora estaba cerca de la ventana. Casi inmediatamente sonó la segunda descarga, también sin resultado.

¡Dos balazos tirados a pulso firme y el Lujanero sin un rasguño! El duelo cambió desde ese momento. Letamendi sintió que sólo las cuatro balas restantes lo separaban del cuchillo de Suárez, del cuchillo que el otro no había sacado y que le rajaría el vientre o el pecho.

¡Cuánto duró aquel duelo! Cuando tocó a su fin todos pensaban que sería la media noche, pero en realidad no alcanzó a los tres cuartos de hora. Suárez aprovechaba la mesa larga para mantener su distancia; tampoco a Letamendi le convenía cerrarla mucho. Los dos se desplazaban con una especie de lentitud ansiosa, los ojos en los ojos.

Con el tiempo las descargas iban raleando. No me olvidaré del quinto disparo. Previendo un quite del Lujanero, el hombre del revólver hizo fuego un poco a la derecha; el hombre del cuchillo no se movió.

¡Cinco! dijo alguno en voz alta. Quedaba una bala. (El vasco, ahora, estaba cerca de la ventana).

Terroso, envejecido. Letamendi arrojó el revólver sobre la mesa. El arma cayó encima de las barajas, desparramadas. Letamendi retrocedió, esperando que el otro la recogiera y lo acabara de una vez.

Suárez ni la miró. — Abra esa puerta, amigo, — ordenó con tranquilidad. El vasco obedeció, sin palabras ni sangre, que el vencedor no había sacado el cuchillo. Suárez salió despacio. (Yo fui de los que vieron aquel encuentro de brusca decisión y advinación; yo sé que no lo olvidaré).

POR PASCUAL GUIDA

ILUSTRACION DEL AUTOR

# ★ PATRICK LYNCH ★

CRITICA, REVISTA MULTICOLOR. — Mayor circulación sudamericana. — Buenos Aires, Julio 14 de 1953.

# El Mamboretá

En medio de una extensa obra, cerca del Ajusco, en la zona de Acisclo Lirio. Desde un tiempo inmemorial, el hombre cuida ovejales al tercio, sin otra compañía que la de su perro, Haeté, que significa valiente. El puesto no puede ser más arido... más desarbolado. Ni un sauce, ni un ceibo, ni siquiera un handubay. Por todo hijo vegetal el puesto ostenta una mata de tuna silvestre, de enormes hojas caradas erizadas de espinas feroces... Continuamente el viento norte levanta la tierra movida del gran limpión... sobre el cual se asienta el rancho. ¡Rancho! Más bien sombrero, angá de rancho que fue... Posiblemente en tiempo ya remoto, el revoco de estiercol y barro que cubría la quinchá, se desmoronó y quedaron al descubierto las ramas, los alambres, las tacuazas, los postes esquineros, y nadie se preocupó de cubrir con nuevas tortas de barro, la quinchá. Como nadie preocupó tampoco de acarrear paja nueva para sustituir la del techo, ya quemada por los solazos y los aguaceros. De la misma manera que a nadie se le ocurrió relevar el cuero de vaca que llena el espacio de la puerta... cuero que los cachorros del viento zamarran como jugando algunas veces y otros enfurecidos con los latigazos del relámpago y el retumbo formidable de los truenos. Ciertamente, no corresponde al rancho el pomposo título de tal. Su aspecto está más en armonía con el de una misera choza de pastor nómada, a la cual ni las serpientes nocturnas, que buscan ratones gordos, se aproximan, en la seguridad de una química aventura... Con el tético facuruti acontece con tanto, ya no castañeta el pico cerca de la vivienda del nombre solitario, persuadido a igual que la serpiente, de que allí resultará inútil toda excursión etnográfica... Ni los urubies, esos alados basureros, siempre esperanzados en hipotéticas fiestas de putrefacta carnaza, alargan avisores los negros cuellos, dilatando la pupila familiar en aquel sitio. ¿Será que algún nagua ignoto pasó sembrando sal por allí? Ah, los brujos. Siempre los brujos y las brujas. Sin embargo, cierta mañana del frío diciembre, hacía ese lugar de malficio se aproxima un viajero. ¿Será un comprador de ovejales, un acopiador de cueros, un chasque de la estancia, algún asesino que va rumbo al monte encubridor? ¿Quién puede ser? La mirada de Acisclo taladra el espacio, sin lograr la ansiada filiación... Mas la distancia se rinde a las cuatro patas del caballo, y entonces Acisclo comprueba, no sin asombro, que se

pitara sus sabrosos, aristocráticos cigarros de hoja, con su correspondiente etiqueta dorada a fuego... cosa que jamás hizo con los otros puesteros. ¿Lo hacía Isaac por la vieja amistad que lo unía al padre? ¿O por que siendo Isaac un niño, tímido y receloso, él se encargo de hacerle perder el miedo a los caballos? ¿O porque sumilde, diligente, le proporcionaba hermosos inocuosos bichos que el niño encubierto recibía y cuidaba en sus juegos con filial amor? ¿Quién sabe... No obstante esta preferencia, la naturalidad de su trato: ¿cómo creer que entre él, un viejo carpincho y aquel gallardo mocetón plerológico de conocimientos pudiera existir el vínculo de una sincera amistad? ¿Un sentimiento con fines totalmente desinteresados y generosos? Y en tanto el niño llegaba al limpión, Acisclo dábase a recapacitar, tejer y desteter suposiciones. Quizá le enviase el padre, con la perentoria orden de conducir la majada para la esquía. Pero... ¿y entonces los demás hermanos que parateaban y trabajaban a la par de los mensuales, se habían echado a dormir la siesta, descansando sobre el pueblero? Y tal suposición rechazada de inmediato por absurda y disparatada. Los bagualitos, como el llamaba a los hermanos camperos, eran bastante activos y soberbios, para permitir que aquel intruso de la ciudad interviniese en la dirección de los trabajos rurales. Bien que Isaac era un forastero y poco entendía de trabajos rurales. Pero aun cuando hubiera resultado un técnico, no le habrían permitido intervenir. Ellas y ellos lo monopolizaban todo, desde la administración de los bienes a la voluntad paterna. Por cuanto Isaac era el hijo único de la última esposa de don Propercio, esa mujer lejana, casi irreal, que tanto las hijastras como los hijastros odiaban con inexorable odio. Esa mujer que como un bello y sensible pájaro doméstico, nunca les quiso pisar la estancia y vivió en la ciudad para la adoración de su hijo. Esa mujer superior, que al morir recomendó al hijo que evitara la vereda ínfima por la que marchaban los perdidos, todos los hambrientos de riquezas y goces materiales. Esa mujer que fue abandonada en sus últimos días por el rudo y cobarde esposo, con el fútil pretexto de que los hacimientos arquitectónicos le asfixiaban y le molestaban los bandoleros de la selva de ladrillo... Tres o cuatro años sin verle. Cuán leve y absurdamente hablaban desvanecido los días. Ahora, con la presencia del muachacho ya casi convertido en hombre, el confuso drama tomaba actualidad de remanso, sereno en la superficie, violento,



—¡Dotor...! Eso ha pasado? —Efectivamente... Ellas han sido las que más paja arrojaron al fuego. Figúrese que se han permitido llamarme intruso... hijo de la mujer... con lo cual han ofendido canalicamente la memoria de mi santa madre. —Membrá cuimba! Si serán yarararas... Si serán viboras... Y áhura dotor ¿qué piensa hacer? —Pienso acompañarlo a algún tiempo, don Acisclo. El puestero abrió desmesuradamente los ojos y barbotó: —Dotor... ¿usté? ¿Usté que estará acostumbrado a lo mejor? ... Imagínese dotor, el rancho éste que se llueve por todas partes, que el viento lo vanda de un lao a otro... —Es decir, siempre que no estorbe... —Ah, eso nunca, dotor. Eso ni siquiera se dice... con el mayor gusto. Su casa será donde hoy este pobre rancho, si usted lo quiere. Y yo seré su pión, su amigo, pa servirlo. —Peón, no. Amigo, eso sí. Trabajaremos juntos, buscaremos muchos bichos. Porque deseo enriquecer mi colección indígena... —Pero dotor... ¿así que siempre aficionado a los bichos? —Siempre. Y le confieso que no existe mundo tan maravilloso como el de los insectos. Cada vez que tengo oportunidad de estudiarlos en la vida, en su medio ambiente, más me convengo de ello. Traigo el propósito de estudiar la abeja o avispa camuflada en su admirable organización social... Si estudiare ese prodigioso animalito, como otros estudiaron la abeja india, la doméstica. Después de todo, estudiar el carácter, la historia moral de los avispones, siempre será más interesante, más saludable que engolfarse en la cría y refinamiento de los toros, las vacas, los cerdos, los carneros, por no incluir la humana entidad en tales especulaciones... Por ejemplo, un bello lepidóptero es para mí una incomparable obra de arte viviente... que no tiene precio, que no hay elgo que lo coloque en su justa apreciación. Hablaba con vehemencia sobre su tema favorito, con el evidente propósito de aturdirse o evadir el cauce de los pensamientos funestos que trabajaban su ánimo. Pues estaba pasando por una intensa depresión moral, que daba a su semblante una expresión de viril melancolía. —¿Así dotor que lo han ofendido? — francamente preguntó Acisclo frunciendo el ceño, con acento amenazador. —Parece, — repuso el mozo, tras de un silencio meditativo y anadido. Si, ellas, las hijas de mi padre y las cuñaditas, provocaron deliberadamente la escena odiosa... Las circunstancias me eran francamente adversas... nadie estaba de mi lado... Hasta la bravura del viejo, se diluía en un silencio cómplice. Entonces yo, para evitar que el drama alcanzara un desenlace cruento, opté por retirarme... pues en los salvajes ojos de mis remanitos, vi la resolución criminal de eliminarme al menor indicio de rebeldía. Era la suprema venganza que se tomaban en el hijo, contra la madre muerta... Cosa repugnante y brutal... Drama de ayer y de hoy. Drama de lugares comunes, de almas turbias, enloquecidas por la codicia y el terror de compartir algunos centavos, en lo futuro conmigo... Eso es todo... Me lo gritaron ellas... cualquier cosa harían para desheredarme... Y nada dijo mi padre. Con su silencio cómplice, dábales la razón a ellas... a ellas. —Lo que han hecho con usted, dotor, no tiene nombre. — rugió Acisclo. —Isaac derivó hacia otro tema la conversación: —¿Se que por acá cerca hay un río. —Claro que sí, el Ajusco Grande. —Bien. Un día de estos iremos a pescar... En la mata, justamente, con los frascos para los bichos traigo algunos anzuelos. —Dotor, cuando usted quiera nomás. Con gusto via acompañado. —Decididamente, don Acisclo, esta mañana andamos con suerte... Hemos dado caza al anacrónico mantis religioso, feraz individuo, al que los hombres han superado, como es de suponer... ¿No le conocen ustedes los autóctonos con el nombre de mamboretá? —Eso es, dotor... No le conocemos otro nombre. —Pues, el individuo es conocido universalmente por "el santo", "el religioso", "el profeta", "el predicador", "el fue ga a Dios", "el idóneo está Dios", "el divino", "el mendicante", y se comprende, admirablemente el fervor místico... Se le adora en Turquia, y en Extremo Oriente creen augurio feliz hallarle en el camino. Con



trata de Isaac, el hijo menor de su viejo amigo y socio capitalista, don Propercio Vargas, el dueño del establecimiento. —Aun duda el puestero, piensa que puede ser alucinación... cosa de Ana, que cuando se propone mistificar, introducése en los humanos ojos y los puebla de imágenes ficticias. Visiones placenteras unas veces, y otras pavorosas. Si, porque a su puesto nadie llega... Es el más lejano, el olvidado perpetuamente. De ahí que al anciano cuidador de ovejales le cueste creer que el joven Isaac, pulcramente vestido, de refinado temperamento, determine visitarlo. ¿A él tan luego, un viejo vizcachón semisalvaje? Un inmerecido honor... Para su rudimentaria mentalidad, aunque el mozo no ha obtenido el título de doctor, ya es todo un doctorazo, capaz de tratar a mutar los metales e influir sobre los cambios atmosféricos... En fin una especie de adepto de los hombres. Este saber mágico que él supone en Isaac, probablemente sea un residuo... una nostalgia del carai-payé de la toldería. Pero Acisclo, haciendo abstracción del poder mágico del mozo, recuerda que para las vacaciones, en sus raros visitas a la estancia, éste le trató bien, invitándolo siempre a

tumultuoso en el fondo traicionero. Porque algo de ese sucio drama de interés y cobardía había husmeado el puestero. —Olvidando en el entusiasmo que Isaac apenas tartamudeaba alguna que otra palabra en guaraní, Acisclo preguntó afectuosamente: —¿Mbaéichapa reicó, dotor? —Bien, ya lo vé, don Acisclo. —¿Y usted? —Pa ser un tuyá, un viejo yacaré... desahogado bien, dotor. —No se achique don Acisclo — bromó el mozo — Ya quisieran los caimanes parecérsele... Ya quisieran. —¿Mbaérepá? —Oh, bah, usted sabrá por qué... —Ja, ja, ja. ¡Qué dotor! Y pase, pase. —Mira don Acisclo que todavía no soy dotor y... posiblemente no lo seré nunca. —¡Yapul...! Cómo no vía creerle eso... ¿Y a qué tengo el gusto de verlo por acá, dotor? —A que acabo de romper definitivamente con mis hermanas y hermanos de padre, y creo... no sé. Creo que también mi padre, cae en la volteada.

POR VIGNOLA MANSILLA ILUSTRACION DE PAPPACOLI

obra como un autómatas, o es de modo semejante? —Ciertamente, no se necesita emplear la dialéctica, para demostrar que el mamboretá se conduce al revés del hipócrito, que siendo interiormente negro o rojo, trata de pasar por blanco. El mamboretá se muestra tal cual es, mientras el hombre nunca aparece siendo lo que es en realidad. —Le creo, dotor... Todo lo malo que dicen del mamboretá es calumnia... Si, en el tiempo antiguo, hubo personas que se salvaron por el mamboretá; él les indicó el camino del rancho, cuando se hallaban extraviados en el desierto o en el monte. Por otra parte, se habrá fijado que el mamboretá no le jura a nadie. Y fíjese cómo se defiende con los bracitos. —Verdaderamente... Parece que está repartiéndose sablazos. —Disculpe dotor. ¿Sabe lo que pienso? —Lo ignoro, don Acisclo. —Que hasta este mamboretá les podría enseñar a ser más hombres a sus hermanos... A su mismo padre, que desde que le hizo esa mala jugada a naté, se me hace que va dejando de ser mi viejo amigo... Lástima, por el que se ha guelto un puebré, un pobre conejo. —Es como yo digo — afirmó Isaac — el mamboretá será bondadoso, pero es lindo varón...

# Alarme a sus Amigos

(A) En la biblioteca están alineados el primer tomo y el segundo de las obras de Carlos Marx. Son dos volúmenes imponentes y cada uno cuenta más de 1.000 páginas y tiene 10 centímetros de espesor, contando el cuero de las dos tapas, que son de 2 milímetros cada una. Pasan los años y acaba por descubrirse que una polilla ha horadado un camino horizontal desde la primera página del primer tomo a la última del segundo. ¿Qué largo tiene ese camino? (B) Un ladrillo pesa un kilo y medio ladrillo. ¿Cuánto pesa medio ladrillo? (C) A Euclides, padre o editor de la Geometría, le imputan la invención de este diálogo: Un asno, repechando una montaña, se queda de la carga que lleva. Su compañero que es un mulo, le dice: "No tienes razón de quejarte. Si tú me dieras una de tus bolsas, yo cargaría el doble de las que cargas; si yo te pasara una de las mías, cargarías el mismo los dos". ¿Cuántas bolsas cargaba el asno y cuántas el mulo?

## SOLUCIONES

(A) El camino de la documentada polilla se suele calcular en 20 centímetros; otros, más cautos, deducen 4 milímetros de los tapas y obtienen 19 centímetros, 6 milímetros. Ambas respuestas son erróneas. La verdadera solución es 4 milímetros, ya que en una biblioteca bien ordenada la primera página de un tomo primero queda junto a la última del segundo, y no los separan más que dos tapas. (B) Medio ladrillo pesa un kilo. Un ladrillo pesa un kilo y medio ladrillo, vale decir, dos kilos. (C) 5 bolsas cargaba el asno; 7 el mulo. Anado la solución algebraica:  $X+1=2(Y-1)$   
 $X-1=Y+1$   
 $X=Y+2$   
 $Y+2+1=2Y-1$   
 $2+1=2Y-1$   
 $3=Y$   
 $7=X$

SIN HUMO SIN OLORES

**YPF**

**KEROSENE**

100% ARGENTINO

J.I.T.C.



37.186, con 2 Millones

CIENTO diez escobas paja, maíz de guinea...
—A cero veintitrés...
—Veinticinco con treinta...
—Bien...
—Trescientos cincuenta y dos kilos, jabón amarillo...
—Un momento, volvé a cantar. ¿Cuánto dijiste?
—Trescientos cincuenta y dos kilos...
—Bien; a cero doce el kilo...
—¿Cuánto tardan en salir los dos millones? ¿Todavía no se sabe nada?
—Ya son las dos de la tarde, no puede tardar mucho.
—¿Quién está escuchando ahora, González? ¿Es un yeti, no acierta ni una...?
—No, para salir hay que esperar que él vuelva; ya sabes el escándalo que arma el jefe, si encuentra dos empleados fuera de la oficina.
—¿Ese perrol Mira, quisiera sacar la grande, nada más que para darme el gusto de poderle escupir a la cara toda la bruma que me ha hecho juntar durante diez años en esta oficina de liquidaciones; verías vos, todo lo que le diría...
—¿Y yo; vos sabes todo lo que me ha hecho a mí? Nadie ha tenido que aguantarle tantas perrerías como yo le he aguantado...
—El jefe, ausente momentáneamente de la oficina, hizo su aparición, trayendo entre las manos, el legajo de un abultado expediente. Su andar era lento y pausado, en apariencia venía absorbido en el expediente; mas, los empleados sabían como producto de una larga experiencia, que a pesar del legajo, eran objeto en ese momento de una inspección minuciosa e inquisitorial. Volvieron precipitadamente a sus tareas, interrumpiendo los diálogos...
—Trescientos cincuenta kilos jabón amarillo...
—A cero doce el kilo...
—Cuarenta y dos con veinticuatro...
—Bien, siga...
—La oficina había recobrado su ritmo habitual de trabajo. Los que se hallaban en su puesto metieron nuevamente la cabeza entre las carpetas, expedientes y planillas, los otros, los que fueron sorprendidos fuera de su lugar corrieron y se escondieron, conversando con algún vecino...
—Simulaban con toda seriedad una grave consulta sobre el primer pedazo de papel que hallaron a mano. Cada uno sentía sobre su cabeza inclinada la mirada dura y persistente del jefe; los liquidadores y sus ayudantes, retomaron con celeridad el ritmo monótono de las cantidades...
—Trescientos kilos jabón amarillo...
—A cero doce el kilo...
—Treintiséis pesos...
—Bien, siga...
—El jefe tosía dos veces, los diez y nueve empleados presentes en la sección a sus órdenes, se inquietaron a un tiempo. ¿Quién sería la víctima? Demasiado conocían el significado de esa tosetica seca, acatarrada, portadora de tormenta. Un solo asiento permanecía desocupado, era el del empleado Demetrio González, ayudante de liquidador. La voz ronca del jefe, cuya presencia anunciara la reventadora tosetica, no se hizo esperar...
—González — exclamó pausadamente, dejando entrever en su expresión, la volubilidad de un sabueso que ya tiene entre sus garras la presa.
—Nadie respondió a su primer llamado; transcurrió una regular pausa, la voz del jefe se oyó de nuevo, ahora más imperativa...
—González — volvió a llamar, alzando esta vez la vista, que decazaba sobre el legajo que simulaba leer, y mirando por sobre los anteojos...
—El liquidador que trabajaba en pareja con González y cuyo trabajo había quedado interrumpido, se vio precisado a responder...
—Salí, señor — contestó con entonación cortés...
—¿Dónde fué?
—Oyó que al baño señor, no debe tardar en volver...
—El jefe se calló, volvió a su expediente. La oficina seguía su rutinario curso...
—Quinientos cepillos de paja...
—A cero veinticinco pesos...
—Ciento veinticinco pesos...
—Los ayudantes cantaban cantidades y mercaderías, los liquidadores el precio por unidad y aquellos nuevamente los totales. En los cálculos, a fuerza de repetirlos diariamente durante años, ocho horas por día, se habían transformado

en una función de hábito que se realiza mecánicamente; las mismas mercaderías, los mismos precios por unidad, los mismos totales, constituían la rutina donde se hacía poco menos que imposible un error...
—Ese día, veintidós de diciembre, se jugaba la lotería de los dos millones...
—Los veinte empleados de la oficina de liquidaciones habían adquirido un entero, el jefe no quiso participar; si el número salía con el premio mayor, correspondía a cada uno noventaicinco mil pesos. En esos momentos la suerte se estaba echando, la nerviosidad era general y la esperanza se había transformado en angustiosa expectativa. Una radio lejana podía escucharse desde los fondos del edificio donde estaban instalados los baños; los empleados, por turno, hacían guardia para escuchar el canto de los premios...
—González tardaba en regresar; la impaciencia crecía a cada instante; el jefe había colocado su reloj sobre el escritorio y registraba escrupulosamente el tiempo que éste permanecía fuera de la oficina. Mientras tanto el relevante no podía salir en su busca, pues era orden inapelable del jefe que no podía salir de los baños más de un empleado por vez...
—Por fin éste hizo su aparición; recogió la mirada interrogante de todos sus compañeros y mientras caminaba hacia su escritorio mirando de soslayo al jefe, contestó negativamente con la cabeza. Todavía nada...
—Había llegado a su mesa, iba a sentarse, cuando la mirada oblicua del jefe, que se escapaba por arriba de los anteojos, le inmovilizó en su sitio...
—González — oyó, luego de una breve pausa — venga, acérquese...
—Señor — contestó solicitó, y se acercó a su mesa...
—¿Dónde estuvo hasta ahora?
—En el baño, señor...
—¿En el baño? Yo hace doce minutos que he vuelto a la oficina y usted ya no estaba en su sitio...
—Mientras hablaba hacía jugar entre sus manos el reloj acusador, a la vista del empleado...
—Bueno, usted sabe que sólo se permite cinco minutos para salir al

baño, cinco minutos para el café y cinco minutos para el té con leche a la tarde...
—Pero señor, es que...
—¿Nada, no me conteste; usted ya me tiene cansado! — Su voz cobraba un tono alarmante...
—Vuelva a su sitio y sepa que su cuanto lo pesque en otra, va inmediatamente a la calle...
—El empleado, en actitud sumisa, volvió a su lugar; una oleada de sangre enrojeció su rostro, mas, ya estaba amoldado a la esclavitud de la oficina; era la única persona ocupada en su numerosa familia. Retomó los papeles...
—Ciento veinte escobas paja, maíz de guinea — cantó al liquidador...
—A cero veintitrés — contestó éste...
—Veintisiete sesenta — acusó cantando los números mecánicamente, mientras su pensamiento hablaba con su lenguaje interior...
—¿Si nos sacáramos los dos millones cómo le pondría la cara al perro este!
—Hubo en la oficina un momento de indecisión; después de lo ocurrido, nadie se mostraba dispuesto a salir para escuchar la radio. El rumor lejano del canto de los premios de la lotería llegaba sin embargo hasta ellos; la expectativa era angustiosa...
—Por fin, Indalecio Pérez, viejo empleado muy bien conceptuado por su puntualidad y cumplimiento en el trabajo, semiciego y semisordo, se decidió a afrontar la situación, azuzado por sus vecinos. Salí, el jefe lo miró de soslayo, pero en atención a sus grandes méritos, no dijo nada...
—La oficina continuó su mecánica tarea cantando cantidades, merca-



cular sus palabras...
—El 37.186 con los dos millones...
—Era el número que ellos poseían. El escándalo que sucedió entonces superó toda imaginación; pasarán muchos años y este suceso será repetido de padres a hijos y de abuelos a nietos, como las grandes revoluciones que registra la historia...
—Un hecho, sin embargo, primara por sobre todos los demás, por sobre el vuelo de libros, carpetas, bibliófilos y hasta tinteros, que iban en una misma trayectoria a aterrizar sobre la humanidad del jefe; era Demetrio González, debatiéndose como un poseído entre sus compañeros que lo aferraban y que gritando el solo más que todo el resto, reclamaba la garganta del jefe...
—Este, en su escritorio, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando a lo largo de la silla, no se había movido. Aceptó estoicamente su derrota y aun tuvo fuerzas para contestar a los insultos con un — ¡Los felicito, muchachos! Poco después, la oficina quedó desierta...
—Día veintitrés de diciembre. Es la hora de entrada a la oficina de liquidaciones; los empleados, uno a uno, van entrando y cada vez se oye el clásico buenos días. Fuera de esto, el silencio es sepulcral, nadie osa mirar a la cara de su vecino...
—El jefe, en su escritorio, lee aparentemente el diario con mucha distracción; su continente es como de costumbre, autoritario. Tiene ante sus ojos el extracto de la lotería del día anterior, el 17.086 con dos millones...
—El pobre viejo Pérez, semisordo, había confundido el número. La oficina vuelve a la diaria tarea...
—Ciento diez escobas de paja, maíz de guinea...
—Cada uno de los veinte empleados presiente la tosetica seca, anunciadora de tormenta...
—¿Quién será la primera víctima?

POR José Allegretto Ilustración de Rojas

